



## CAPÍTULO VI

Recio temporal en la boca del Estrecho.—Mezquita y Serrano traen la primera grata nueva.—Entrada al Estrecho por toda la escuadra.—Magallanes convoca a sus capitanes y pilotos para oír su opinión sobre el viaje.—El piloto Esteban Gómez opina no seguir la expedición.—Actitud de Magallanes.—Tierra del Fuego.—Se prosigue la navegación.—Magallanes envía a la “San Antonio” y “Concepción” a reconocer un nuevo canal.—Fuga o deserción de la “San Antonio”.—Demoras que esto origina.—El cabo Froward.—Circular de Magallanes pidiendo opinión por escrito a sus capitanes y pilotos.—La opinión contraria de Andrés de San Martín.—Un bote expedicionario trae la gran noticia de haber llegado al término del canal.—Breve descripción del Estrecho.—Descubrimiento definitivo del Estrecho y del nuevo mar.

Mientras tanto Magallanes esperaba a los exploradores con el corazón palpitante de ansiedad y de temor, tanto por el resultado de la expedición cuanto porque con el temporal podía haber sucedido una desgracia a algunas de sus naves, temor que se acentuó más aun al ver en tierra unas fogatas, que a bordo fueron atribuídas a señales hechas por los naufragos en demanda de pronto socorro. Pigafetta se encarga de terminar por nosotros esta parte: . . . “Pero mientras estábamos en esta incertidumbre, dice, vimos a las dos naves surcando a velas desplegadas y con pabellones flotantes que venían hacia nosotros. Cuando estuvieron más cerca dispararon muchos tiros de bombardas, lanzando gritos de alegría. Nosotros hicimos otro tanto; y cuando supimos por ellos que habían visto la continuación de la bahía, o por mejor decir el Estrecho, nos preparamos para seguir nuestro camino.” (1)

Volvían, pues, los expedicionarios, después de navegar tres días sin encontrar salida. Según Barros, la nave de Serrano regresó luego, mientras que la de Mezquita no llegó ni al quinto día fijado, por lo cual Magallanes, no queriendo esperar más, pidió parecer a sus capitanes para continuar la marcha por el Estrecho. Pero se ve claramente el error en que esta vez incurre este prolijo y notable historiador y con él Vargas Ponce que lo sigue, al dar entonces la respuesta del piloto Andrés de San Martín, cuando ésta respuesta fué dada mucho más tarde: después

---

(1) Pigafetta, *Primo viaggio*, etc., lib. I.

de la fuga de la "San Antonio" y ya casi al salir al Pacífico, al pedir Magallanes a sus capitanes y pilotos su parecer de avanzar o de volverse. Este error ha sido repetido por varios autores y posiblemente haya hecho dudar a otros; pero el punto, como se ve, queda completamente en claro con la versión del propio cronista de la expedición, Pigafetta.

Las informaciones de los exploradores confortaron el espíritu de Magallanes y vinieron a confirmarle lo que con tanta clarividencia como precisión había determinado. Ordenó, pues, en seguida a sus capitanes penetrar al Estrecho adoptando toda clase de precauciones, para evitar escollos y arrecifes o puntas avanzadas de la costa, que formaban bancos de arena, según lo informado por los expedicionarios, y de que habla el Diario de Navegación de Alvo; (2) deteniéndose, sin embargo, la escuadrilla después de haber avanzado una legua en el canal.

La fecha de entrada al Estrecho no la determinan: Barros, Herrera, Pigafetta, Barros Arana ni otros escritores, pero es fácil calcularla, si se toma en cuenta que el 21 de octubre estaban en la boca; pero la "San Antonio" y "Concepción" volvieron a los tres días de su exploración a los canales, y como se emprendió la marcha acto seguido de la llegada de aquellas, creemos que la entrada al Estrecho fué el día "24 de octubre de 1520." (3)

Detenidos los expedicionarios en el punto indicado ordenó Magallanes hacer un reconocimiento en tierra, despachando al efecto un bote con diez tripulantes, algunos de los cuales en prevención, llevaban armas. Lo único que allí encontraron fué una ruca funeraria conteniendo una infinidad de sepulturas de indios, más de 200, porque según su costumbre viven de ordinario en el interior de sus tierras y sólo se acercan al mar en la estación del verano para enterrar a sus muertos. (4) Esto acaecía el 28 de octubre.

(2) A este respecto el Diario de Alvo trae la siguiente relación: "A los 21 (de octubre) tomé el sol en 52° a 5 leguas de tierra, y allí se vió una abertura como bahía y tiene a la entrada a mano derecha una punta de Arena muy larga; y el cabo que descubrimos antes de esta punta se llama Cabo de las Vírgenes y la punta de arena que está a 52° de latitud y de longitud 52°  $\frac{1}{2}$  de la punta de Arena a la otra parte había 5 leguas; y dentro de esta bahía hallamos un estrecho que tendrá una legua de ancho, y de esta boca a la Punta de Arena se mira Leste Oeste; y de la parte izquierda de la bahía hace un grande ancón en el cual hay muchos baxios, mas como embocáis tenenos en la parte del Norte y como vos embocáis el estrecho ivos al Sudeste por medio canal; y como vos embocáis guardaos de unas baxas antes tres leguas de la boca y después de ellas hallaréis dos islotes de arena y entonces hallaréis el canal abierta: irvos en ella a vuestro placer sin dudas; y pasado este estrecho hallamos otra bahía pequeña, y después hallamos otro estrecho de la misma manera que el otro, y de una boca a otra corre el Leste Oeste y lo angosto corre Noreste Sudeste."...

(3) Don José Toribio Medina, en su recordada estimable carta de 26 de agosto último, dice que según sus cálculos, esa fecha debe haber sido el 23 o 24 de octubre.

(4) Barros Arana, *Estudios Histórico-Bibliográficos*, etc.

Por lo que respecta a la costa, aquellos parajes ofrecían la misma aridez y desolación que las tierras de San Julián y Santa Cruz, con la diferencia que la formación geológica de éstas se hacía aun más accidentada, más revuelta, al parecer por recias y recientes convulsiones volcánicas.

Siempre desde ese mismo sitio, despachó Magallanes a Mezquita a efectuar un nuevo reconocimiento; regresando éste después de algunos días y de haber recorrido 50 leguas, sin haber encontrado término a aquel estrecho.

Magallanes, más decidido que nunca a dar feliz término a su empresa, más bien por conocer el estado de ánimo de los capitanes y pilotos que otra causa, provocó una reunión a bordo de la capitana donde debían dar su opinión respecto a la continuación o regreso del viaje y tener el dato fijo de las provisiones que contaban las naves para su viaje a las Molucas. Los capitanes manifestaron a Magallanes que no era decoroso regresar a España sin haber cumplido ampliamente con lo ofrecido al rey; que había víveres para tres meses y que estaban dispuestos a continuar el viaje. En algunos esta resolución era ficticia y se debía sólo al respeto que les infundía Magallanes, y que diciendo lo contrario o manifestando sus temores, se acarrearían el disgusto del jefe, pues ya sabían que éste no volvería atrás por ningún concepto. Sin embargo, el piloto Esteban Gómez, portugués y pariente de Magallanes, defirió del parecer de los demás y expuso: "que ya que era un hecho el descubrimiento del Paso del Sur para poder llegar a las Molucas, que era tiempo de volver a Castilla, porque si encontraban largas calmas o temporales en el dilatado viaje que tenían que hacer, perecerían todos o por falta de víveres o por causa de las borrascas." Herrera, que da cuenta de este primer Consejo del Estrecho,—Dec. II, lib. IX, cap. XV, dice que "Magallanes aparentó gran calma al oír este discurso, pero, con la entereza que le era peculiar, declaró a los circunstantes que aunque supiese que tendría que comer en la navegación los cueros de vaca de las vergas de las naves, él no volvería atrás hasta no cumplir con lo ofrecido al emperador; y que no dudaba que Dios le ayudaría en su demanda."

Parece que Esteban Gómez se había resentido con Magallanes por su postergación con el nombramiento de Mezquita; y, como por lo demás era aquel un marino avezado, hábil y muy considerado de sus compañeros, Magallanes para prevenir hasta la simple murmuración y cualquier conato de subversión que pudiera nuevamente producirse, mandó pregonar en las naves que el día siguiente muy temprano se continuaría el viaje, para lo cual debían estar todos listos, y que prohibía bajo pena de muerte que se hablase de escasez de víveres y de las dificultades de la expedición.

Cumpliendo esta orden, zarpó la escuadrilla en convoy siguiendo forzosamente la misma ruta hecha antes por la "San Antonio y "Concepción." Después de cruzar con toda felicidad las dos angosturas, llegaron

hasta una abrigada bahía defendida de los vientos del Norte; y aunque Magallanes continuó navegando y viendo, sin embargo, que no encontraba nada mejor, regresó a aquella bahía que fué conocida después con el nombre de San Bartolomé y donde confiadamente largaron ancla los navegantes.

Luego se dispusieron excursiones de reconocimiento en tierra. La decoración había cambiado ahora por completo. Lo agreste y desolado que aquellas costas de terroso cuarzo presentaban a la vista de los navegantes a ambos lados de la entrada del Estrecho y cuyo aspecto, junto con las tormentas sufridas, les hacía aun más pavoroso lo desconocido del viaje, se tornaba ahora de una vegetación exuberante: praderas extensas cubiertas de tonalidades cambiantes de verdor, valles y eminencias poblados de bosques inmensos; un cielo de un azul purísimo y una atmósfera transparente que dilatava la visión del horizonte: hasta las abundantes y variadas aves marinas y terrestres se le antojaba a los expedicionarios que contribuían ahora a hacer más amable, más viviente la vida en esas regiones. Luego aquella región brindaba, aparte de la leña, el agua riquísima de cascadas y vertientes, abundante y variada pesca, caza a discreción, mariscos exquisitos y de todas clases y aun desconocidos de los viajeros.

Los navegantes observaron en las noches que al otro lado, en la parte meridional del Estrecho, se veían con frecuencia y a trechos, grandes fogatas iluminando el espacio, por lo cual dieron a aquel país el nombre de Tierra de los Fuegos o "Tierra del Fuego" que aun conserva. (5) Aquellas tierras se dilataban en una gran extensión, y por su parecida configuración geológica a esta otra banda del estrecho, conjeturó Magallanes que tenía que haber sido separada del continente por una magna ciclónica conmoción sísmica. De ahí los enormes acantilados de la costa, las profundidades sin fondo en algunas partes del estrecho, el fraccionamiento y división de tierras en innumerables islas, islotes y arrecifes. En aquellas mismas tierras, entre montañas nevadas, Magallanes distinguió un brazo de mar que se perdía de vista y que afectaba la forma de un nuevo canal, por lo cual ordenó a los capitanes Mezquita y Serrano fueran con sus respectivas naves a reconocerlo; con la advertencia de que disponían hasta de cuatro días para ello, debiendo reunirse o esperar allí, en el mismo punto de partida. (6) Aquel canal parece haber sido el que más tarde llevó el nombre de San Jerónimo. De las dos naves expedicionarias volvió luego la "Concepción" sin más resultado que el

(5) Oviedo, *Historia General de las Indias*, tomo III, parte II, lib. XX, cap. I.—Maximiliano Transilvano, *Relación*, etc. IX.

—En 1900, encontrándonos en Punta Arenas, Magallanes, nos fué dado leer la curiosa fantástica versión que el famoso diario *New York Herald*, hacia a este respecto, atribuyendo el nombre de Tierra del Fuego "a que los buques que antiguamente cruzaban el Estrecho eran irremisiblemente incendiados por los indigenas"....

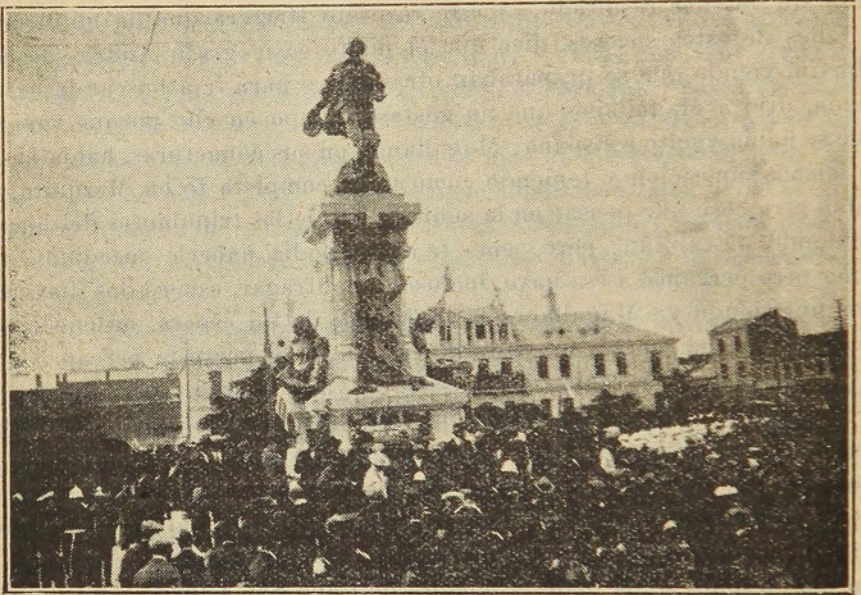
(6) Pigafetta, *Primo viaggio*, etc. lib I.

de dar cuenta su capitán de que al parecer se trataba efectivamente de un nuevo canal, pero como iba en dirección Sur Este y no creía fuese el que buscaban, había regresado, mientras que la "San Antonio" había seguido adelante y a velas desplegadas. Magallanes que entre tanto había continuado la marcha siguiendo el verdadero estrecho, volvió luego al punto de reunión; y mientras esperaba el regreso de la "San Antonio" ordenó hacer fuertes provisiones de leña y de pescado que lo había allí en suma abundancia y que marineros prepararon de diversos modos. Pero el tiempo pasaba y la "San Antonio" no regresaba, y como ya habían transcurrido dos días más que el fijado para la reunión, envió Magallanes a la "Victoria" en su busca; volviendo luego el capitán Barbosa sin obtener resultado. A este respecto Herrera que da minuciosos detalles de estos sucesos, dice que el piloto cosmógrafo Andrés de San Martín, viendo que se preparaban otras naves para ir a buscar la extraviada, dijo a Magallanes que no gastase tiempo en ello porque suponía que se había vuelto a España. Magallanes, en sus conjeturas, había hecho la misma suposición y teniendo como tenía completa fé en Mezquita, no cabía otra cosa que pensar en la sublevación de los tripulantes del buque, anulando al capitán; pero como también podía haberle sucedido cualquier otro percance a esa nave, incluso el naufragar, esperó dos días más. Por fin, viendo ya Magallanes la inutilidad de tal espera, ordenó continuar la marcha, no sin manifestar su desagrado por este percance y el profundo pesar que tenía que causarle la ya irreparable pérdida de dos preciadas naves de su reducida flota; y más aun porque en la "San Antonio" venía el mayor aprovisionamiento de aquella. Persiguiendo su plan de dar fin a la costa, siguieron las tres naves la continuación de ésta, que en aquella parte se inclina pronunciadamente al Sur, hasta una prominencia o recodo en que el Estrecho se angosta y parece terminarse, y a que después se ha dado el nombre de Cabo San Isidro. Continuando ahora con declinación Sur Oeste avanzaron hasta una punta o promontorio donde el mar chocaba con estruendo y que por su configuración Magallanes, con visión altamente científica, creyó que aquellos contrafuertes determinantes de cordillera y aquel promontorio tenían que ser la manifestación más avanzada del extremo Sur del continente. A aquel prominente cuanto fragoroso y agreste cabo, llamarónle los españoles después, de "Santa Agueda" y los ingleses, en expedición posterior, con real propiedad, "Froward." Habiendo pedido Magallanes a los cosmógrafos la situación geográfica de aquel cabo, se le fijó como tal la de 53° 40' de latitud S. Y es justo consignar la notable precisión con que esos cosmógrafos, con instrumentos tan rudimentarios, determinaron aquella latitud, pues que el capitán King con instrumentos modernísimos y de suma precisión vino a fijar como latitud del cabo Froward 53° 53'.

(7).

(7) La Oficina Hidrográfica de Chile, ha determinado que la boca Occidental del Estrecho se halla a los 53° 54' que es la misma latitud del cabo Froward.

Sin detenerse allí, Magallanes continuó doblando la península de Brunswick, navegando con rumbo al Sur Oeste hasta una especie de bahía algo abrigada y que encontró a los 53° donde determinó detenerse. Parece que había llegado a sus oídos el ruido apagado de ciertos rumores sordos, de quejas furtivas y lamentos aislados de sus subalternos sobre funestos presagios por su suerte; que el mismo, desentendiéndose, había oído monologar imprecaciones sobre el fatal fin de la expedición y pensando talvez que la sanción dada anteriormente de "pena de la vida" podía después impugnársele de despótica, y para que nadie pudiese acusarle de testarudo, atrabiliario o déspota más tarde; y creyendo, por otra



El monumento a Magallanes inaugurado en Punta Arenas en las fiestas conmemorativas del IV Centenario del descubrimiento del Estrecho de su nombre.

parte, haber exterminado la hidra de las conjuraciones con aquella misma preférita sanción, trató de atenuar, de dulcificar a ésta, pero sin quitarle sus efectos. Así, pues, parece que a estos u otros conceptos se debió el que Magallanes expidiera el día "21 de noviembre" una amistosa circular que se distribuyó entre los capitanes y pilotos de las naves, para que cada uno la contestara por escrito, manifestando claramente y sin el menor temor, su opinión sobre el viaje. Magallanes decía en aquella circular que él nunca desechaba la opinión de los demás, y que servían mal al emperador y faltaban al juramento que a él mismo le habían prestado los que no lo ayudaban con su consejo. "Por lo cual,—les decía,— os mando por la parte de dicho señor, y de la mía ruego y encomiendo que todo aquello que sentís que conviene a nuestra jornada, así de ir adelante

como de volvernos, me déis vuestros pareceres por escrito, cada uno de por sí, declarando las cosas y razones por qué debemos de ir adelante, o volvernos, no teniendo respeto a cosa alguna porque dejéis de decir la verdad; con las cuales razones diré el mío y determinación para tomar conclusión de lo que hemos de hacer.”

De todas las contestaciones sólo se conoce la que diera el piloto cosmógrafo de la “Victoria,” Andrés de San Martín, y que ha publicado íntegra Joao de Barros. (8) Aquel inteligente y franco marino confirmaba con entera espontaneidad lo que antes había manifestado a Magallanes en la reunión convocada a bordo de la “Trinidad,” el piloto Esteban Gómez. Agregaba que, “una vez reconocido el Estrecho era temerario aventurarse a la prosecución de semejante viaje por los graves peligros que podía entrañar la falta de víveres, a causa de la demora ocasionada por las tempestades o por grandes calmas que talvez habrían de soportar.”

Sea lo que fuere de las otras opiniones de sus demás subalternos, que talvez lo fueron en número favorable a sus designios, lo cierto es que Magallanes ordenó seguir el viaje; pero luego se detuvieron algún tiempo todavía en la desembocadura de un riachuelo que prometía abundante recolección de pescado fresco. Desde allí Magallanes cumpliendo con los dictados de su conciencia y que revela el amor para los suyos, ordenó a Duarte Barbosa retroceder con la “Victoria” hasta el anterior punto de reunión de la escuadra, para ver si había vuelto la “San Antonio”; y como no encontrara vestigio alguno de ésta, colocó Barbosa una bandera perfectamente visible en un morro inmediato a la hoy Bahía Posesión, al pie de cuya bandera puso una carta dentro de una marmita en que señalaba el rumbo de la expedición, y en seguida volvió a reunirse con Magallanes; dando éste por completamente pérdida o desertora a la “San Antonio.” (9)

Mientras tanto, Magallanes, velando por la noche en el puente de su nave, oía clara y distintamente el fragoroso rumor de un gran mar próximo, en su tonante chocar con la vecina costa; rumor que percibido en su cerebro iba a acelerar los latidos de su pecho, pues ya veía colmada con el descubrimiento del “Paso del Sur,” una de sus mayores ambiciones de gloria y de grandeza en el fiel cumplimiento de lo ofrecido solemnemente a su protector y generoso soberano. Por eso mientras regresaba Barbosa, Magallanes despachó, el día 22 de noviembre, una falúa con tripulantes escogidos, para avanzar la exploración y hacer sondajes hasta encontrar la boca Occidental del Estrecho, ofreciéndoles albricias por la pronta noticia. Inclinados a la costa de Tierra del Fuego, los tripulantes de esa embarcación pudieron ver que aquella se encontraba cortada por diferentes canales y que era formada por diversas islas. Por fin, después de largo navegar a remo y a vela, obstaculizados por el viento y por fuertes

(8) Barros, *Décadas*-III-lib. V-cap. IX-pág. 141 a 146.

(9) Ver Ilustración V.

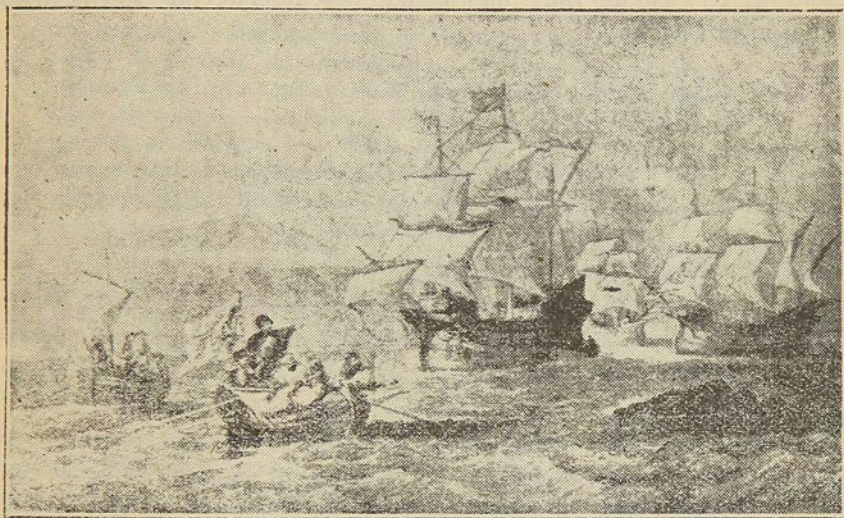
chubascos, tan frecuentes en esas regiones y que les impedían el sondaje, llegados al término de la última de esas islas, tras un cabo cubierto de peñascos y arrecifes donde rugían las olas con estruendo, vieron maravillados, un mar enorme que se extendía inmensamente al Sur y al Occidente. Después de tres días de navegación regresaron los expedicionarios a dar precipitada cuenta de su felicísima misión, manifestando al jefe entre frases entrecortadas por el esfuerzo y la emoción que allá, tras un cabo peligroso y terriblemente batido por las olas, habían visto el fin del Estrecho y avistado el mar inmenso a que éste daba paso. "Todos lloramos de alegría, dice Pigafetta. Aquella punta fué llamada Cabo Deseado, porque, en efecto, deseábamos verlo desde largo tiempo." (10) Magallanes a pesar de la completa certeza de que la salida al otro mar estaba muy próxima, profundamente emocionado con la fausta noticia de su gente, dió orden de disparar todos los cañones y al estruendo de aquellas salvas de júbilo emprendió inmediatamente la marcha la escuadrilla. Siempre adoptando las mismas precauciones de avanzar precedido por botes sondeadores, Magallanes trató de acelerar la marcha para recuperar el tiempo perdido en la inútil espera de la "San Antonio"; navegando siempre por el canal más ancho para evitar escollos por cualesquiera maniobra que a sus naves exigieran los chubascos traicioneros que de improviso se descuelgan allí de las montañas y que arrasan con las crestas de las olas formando así una llovizna espesa, entremezclada, de agua dulce y salada.

A medida que avanzaban los descubridores, más admiración les causaba el continuado y bello panorama que se desarrollaba a su vista a ambos lados del Estrecho. Así podían ver, por este lado, acantilados enormes de corte perpendicular al parecer labrados por laboriosos, por pacientes cíclopes. Allí un hermoso canal, que semeja un caudaloso tributario del salado río que surcan, y cuyas aguas forman islas, bahías y ensenadas ideales. Por aquel otro lado, allá entre aquella concavidad de caprichosos cerros, un fantástico ventisquero que se reclina hasta el mar formando una compacta masa de cristal de cambiantes y mágicos colores en que priman los destellos verde esmeralda y turquesas: aquello da la ilusión de una soberbia y magnífica cascada que de improviso detuvo allí sus aguas congeladas por caprichoso conjuro de la naturaleza. Más allá, entre hondonadas a que el ambiente les da un azul profundo, selvas inmensas y bosques impenetrables, que contrastan con el verdor de las praderas cercanas de primorosos helechos. Ven, asimismo, deslizarse desde las cumbres nevadas de mil caprichosas formas, innumerables torrentes rebotando ruidosamente entre peñascos y breñas en espumosas cascadas. Todos aquellos marinos recordaban allí algo de sus respectivos pueblos. Los portugueses, españoles e italianos su azul y diáfano cielo; los franceses, su proceloso canal; los griegos, su helénico ar-

(10) Pigafetta, *Primo viaggio*, lib. - I.

chipiélago; los hombres del Norte, en los chaparrones y en el áspero ventiscar, algo de las brumas y crudezas de sus costas: los noruegos evocaban en la deslumbradora diadema de nieve esculpida en hielo de los ventisqueros, sus propios "fiordos" o "glaciers." Allá, al Sur, en la Tierra del Fuego, ven elevarse ahora majestuosa y luciente una pirámide colosal de nieve y hielo cuya cúspide mira por sobre de las nubes: es "La Campana de Roldán" con que denominó Magallanes al hoy monte Sarmiento.

El experto almirante navega de día y de noche; ha comprendido que el Estrecho no puede prestarle sino puertos inseguros: guía su ruta con un instinto náutico admirable, con pasmosa seguridad y atravesando canales y bahías tentadoras que pudieron cien veces distraer su rumbo. Y fué una

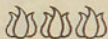



Magallanes atravesando el Estrecho. Cuadro de O. W. Brierly.

verdadera suerte no tentarse en reconocer el enorme seno de Otway Water en que habría terminado fracasada sin duda la expedición, dado el estado de ánimo de las tripulaciones.

Ahora tienen que tomar aun mayores precauciones. Los chubascos se hacen más recios y persistentes, pero el Estrecho se va ensanchando y hay mayor extensión para la maniobra. Los botes y falúas a remos y vela avanzan sondeando. Ya el paisaje no entusiasma; la misma maniobra se hace por instinto y maquinalmente: todos los cinco sentidos de cada hombre están clavados allá en Occidente, en aquella boca que se va abriendo cada vez más. Los oídos no perciben sino el clamoroso estruendo del mar que se aproxima. La costa ahora, tal como lo demostrara teóricamente Magallanes, principiaba a recogerse ligeramente al Noroeste. La "Victoria," que más velera precede a todo trapo a la escuadrilla, da luego la señal de tener a la vista el "Cabo Deseado" y al nuevo mar, que en seguida todos ven distintamente. ¡Van a trasponer la boca de salida

del Estrecho! y ante la vista de ese inmenso mar sin límites, en medio de la mayor efusión de regocijo, unos a otros se abrazan, éstos gritan, aquellos lloran de alegría. A todos esos hombres les domina ya un mismo sentir y un mismo pensamiento: la magnitud de esa obra, que era al fin la obra de todos, y casi por todos resistida. La grandiosidad del espectáculo, la ruindad de su ignorancia en oponerse a que sea descubierto aquel monumento erigido a perpetuar su gloria y en beneficio de la humanidad, la ven ahora tan baja y miserable como ven de elevado el genio de su jefe, quién les inspira ahora profunda admiración y respeto. A éste se le ha visto con semblante placentero sin espontanearse, se vé que está feliz y satisfecho. Luego parece estar contrito: talvez ora y da gracias al Altísimo: ¡“El Paso del Sur” ha quedado descubierto como queda descubierto el gran Océano!... .





## CAPÍTULO VII

Magallanes sale del Estrecho.—Nombre de éste.—Tiempo que la expedición demoró en recorrerlo.—Descubrimiento del Pacífico.—Las islas Desventuradas.—Principian a escasear las provisiones.—El fantasma del hambre.—La terrible epidemia del escorbuto.—Llegan al archipiélago de las Marianas.—El primer *oasis* del Océano.—Las islas de los Ladrones.—El archipiélago de San Lázaro.—La isla de Masagua y la hospitalidad del rey.—Llegada a la isla de Cebú y acogida favorable del rey de ésta.—Castigo a los habitantes de la isla Mactán.—Combate del 27 de abril.—Valor temerario de Magallanes.—Su muerte.—Los indígenas se niegan a entregar el cadáver de Magallanes.

El 27 de noviembre de 1520 salían los expedicionarios de la boca del Estrecho en medio del entusiasmo de las salvas de la artillería y de transportes de júbilo, y cruzaban las bravas olas del Cabo Deseado, hoy “Pilar,” olas que el choque de los dos Océanos mantiene siempre agitadas y que se hacen más peligrosas por su forma convulsa, hirviente y sin dirección. Dejaban luego atrás el promontorio frente al Cabo Deseado y en que la costa se recoge pronunciadamente al Norte, promontorio que por ser descubierto primero por la nave de Barbosa, se le llamó “Cabo Victoria”; y así a la deriva de un tiempo tempestuoso y con viento del Noroeste, entraban las tres naves francamente en aguas del Océano.

Aquél mago de la ciencia náutica, había adivinado en forma absoluta; y su teoría de la “conformación piramidal de los continentes con vértice al antártico,” quedaba resuelta experimental y magistralmente con la solución del Estrecho, cuya nueva vía de unión de dos océanos y la comunicación de todos los países bañados por ellos, entregaba gloriosamente al tránsito feliz de la posteridad.

Magallanes de acuerdo con sus capitanes y pilotos españoles había puesto el nombre de “Canal de todos Santos” (1) al Estrecho, pero luego la posteridad haciendo cumplido honor a su descubridor lo inscribió en

---

(1) Son muchos los escritores que han incurrido en el error de decir que Magallanes dió su nombre al Estrecho. Entre otros, los padres Buzeta y Bravo en su *Diccionario Geográfico-Histórico de las Islas Filipinas*, afirman ésto.—*La Enciclopedia Universal Ilustrada*, de Espasa, contiene el mismo error.

el gran registro de la Historia Geográfica, con el nombre de "Estrecho de Magallanes," nombre que si supo respetar un monarca como Felipe II, (2) sabrán conservarlo justicieramente también las generaciones venideras, como monumento a perpetuar su gloria.

Para atravesar el Estrecho demoró Magallanes, según unos, tres semanas; otros, como Barros Arana, que cerca de un mes. (3) Según nuestros cálculos empleó 33 días para cruzarlo, pues entró el 24 de octubre y salió al Pacífico el 27 de noviembre; y esta es también la autorizada opinión de nuestro sabio historiógrafo don José Toribio Medina, según la carta antes citada. Pero hay que tomar en cuenta que la "San Antonio" le hizo demorar más de una semana, pues hay que contar no sólo los 6 días empleados en la espera convenida y primera busca de aquella nave, sino que también la última expedición de la "Victoria" con idéntico objeto; y si aun hay que agregar el tiempo perdido por Magallanes en inútiles exploraciones y en juntas y discusiones con sus capitanes y pilotos, tendremos que esa travesía ejecutada con tan admirable pericia y a pesar de ser de descubrimiento, ha sido la más rápida de todas las que posteriormente se han efectuado a vela. La que le siguió, la de Francisco García Jofré de Loaísa, entró el 2 de abril de 1525 y salió el 26 de mayo: empleó, pues, 53 días y esto a pesar de que venía en ella el gran navegante Sebastián de Elcano que había hecho la travesía con el gran maestro de la náutica. (4) Luego para el que haya hecho el viaje

---

(2) En febrero de 1580, cuando Pedro Sarmiento de Gamboa persiguiendo desde el Callao al corsario Drake, tomaba posesión del Estrecho en nombre de Felipe II, en un memorial que elevó a éste, entre otras cosas, pedía el cambio del nombre del Estrecho: "Por lo cual, y por los milagros que Dios nuestro Señor por su intercesión ha usado con Nosotros en este Viaje y Descubrimiento y en los peligros que en él hemos tenido, puse por nombre a este "Estrecho de Madre de Dios," pues que antes se llamaba Estrecho de Magallanes." A pesar de su gran piedad y católico fervor, Felipe II respetó el nombre de Magallanes.

(3) Barros Arana.—*Estudios Histórico-Bibliográficos.—Vida y Viajes de Magallanes.*—dice: "poco menos de un mes."

—Espasa, en su *Enciclopedia Universal Ilustrada* y Cronau, en su *América*, dicen que tres semanas.

—Con respecto a la fecha de salida del Estrecho, Gomara y varios más, dan como tal el 28 de noviembre; pero Barros y otros que estimamos talvez mejor documentados, dan el 27 de noviembre que hemos adoptado. En todo caso la travesía del Estrecho se habría hecho en tres días menos de los que indica el historiador señor Medina, porque, a nuestro parecer, los días ocupados en simples reconocimientos no deben sumarse con los del descubrimiento propiamente dicho, pues en tal caso habría también razón sobrada para dar por explorado ya el Estrecho, por Magallanes, el día mismo en que fué avistado el Cabo Deseado y el "gran mar" por la chalupa o falúa expedicionaria de que hacemos mención en la página 61.

(4) Sarmiento, que fué el primero en atravesarlo enteramente, desde el Pacífico, entró el 23 de enero de 1580 y salió al Atlántico el 25 de febrero siguiente: ocupó pues 32 días, y ésto conociendo el derrotero de Magallanes y todavía tomando en con-

y conozca las veleidades del tiempo y los terribles ventarrones del Estrecho, lo que le causa asombro a más de la insuperable preparación y habilidad del jefe, es la pericia de sus capitanes: Mezquita, Barbosa y Serrano ejecutaban las comisiones ordenadas por Magallanes con tanta puntualidad y rapidez que no parece que gobernaran toseas carabelas sino verdaderos buques a motor y que dispusieran del viento siempre a su favor.

Para completar la parte de esta crónica nos resta decir algo sobre los habitantes de aquellas regiones. El que los expedicionarios no hayan encontrado ser humano alguno al través del canal, y que supusieron los había solo por las fogatas de la Tierra del Fuego, se explica sencillamente porque esos indígenas sean honas, tehuelches o alacalufes, habitan en el interior de sus tierras, porque no viven de la pesca, pues que viven de la caza. Se alimentan también de mariscos, pero en los canales no los hay por la forma acantilada de éstos.

Una vez que hubo penetrado con su escuadrilla en el mar del Sur, Magallanes hizo rumbo al Norte, distanciado sí de la costa occidental del continente; desfilando ante la vista de los expedicionarios los archipiélagos hoy Reina Adelaida y Madre de Dios con su verdadero laberinto de islas grandes y pequeñas, con sus luminosos "fiordos" y habiendo avistado también algunos "isiberg" de regular tamaño.

Mientras tanto no había ocurrido ningún incidente ni accidente a bordo, como no fuera la muerte de un indígena patagón tomado en San Julián, y cuyo fallecimiento ocurrió poco después de la salida del Estrecho. También, con los fríos de los canales estuvo enfermo de mucho cuidado un esclavo malayo que Magallanes traía de intérprete para entenderse con los reyezuelos de las Molucas y que tan funesto había de ser después a los expedicionarios.

Llegados a los 37° de latitud Sur, después de varios días de navegación, Magallanes enmendó el rumbo al Noreste, con dirección a la India, a las Molucas. Habían dejado atrás las borrascas y los fríos de las regiones del Sur, y aunque navegaban ahora bastante internados en el Océano y con mar gruesa, lo hacían con vientos bonancibles y favorables; por eso dieron a aquel Océano el nombre de "Mar Pacífico." (5) Sin embargo,

---

sideración que debía ir de prisa, puesto que perseguía al famoso corsario inglés Francisco Drake.

—El primero en atravesar el estrecho desde el Pacífico fué efectivamente Juan Fernández Ladrillero, pero este viaje, efectuado en 1558, fué de detenido reconocimiento.

(5) Herrera.—Dec. I, lib. IX, cap. XIII.

Varios historiadores, y entre estos el señor Medina,—algunos posiblemente por no conocer la región—dicen que tan pronto como los navegantes cruzaron el Cabo Deseado y desembocaron al "gran mar," dieron *en seguida* a éste el nombre de *Pacífico* en razón a la tranquilidad de sus aguas. Esto no lo rectificamos nosotros, pero se encarga de contradecirlo y en tono un tanto airado, el propio líquido elemento, que, en una gran extensión de esa zona jamás se encuentra en calma, sobre todo entre cabo

a pesar del rumbo hecho por Magallanes, hasta el 1.º de diciembre, según el diario de Alvo, perdieron de vista las últimas islas de las costas occidentales del Continente. Navegaron muchos días en pleno océano, entre cielo y mar, sin divisar un átomo viviente. Poco a poco las provisiones fueron escaseando y el fantasma aterrador del hambre, precedido de las calmas de los trópicos se cernía sobre la pequeña expedición. El “24 de enero de 1521” se encontraban, según el diario de Alvo, a los 16º 15’ de latitud meridional. En ese día encontraron con gran regocijo una isla, pero en cuya costa no les fué posible desembarcar y a la cual llamaron de “San Pablo.” Navegando poco más, hallaron otra isla de corte acantilado y como la anterior inaccesible, a la que los españoles pusieron el nombre de isla de los Tiburones. Sin embargo, pensando en que aquellas fatales islas eran solitarias, desiertas e inhospitalarias, les pusieron luego el nombre de “Desventuradas.”

La situación fué haciéndose cada día más crítica, pues también el agua se había agotado por completo. “La falta era ya tanta, dice un cronista, que comían por onzas y bebían agua hedionda y guisaban el arroz con agua de mar, por lo cual se murieron 20 hombres y otros tantos adolecieron, que causó gran tristeza en ellos.” (6)

Parece que fué menor el número de los muertos, pero la situación no fué menos terrible, pues el peor enemigo del marino, la espantosa epidemia del escorbuto había hecho su aparición funesta a bordo. Pigafetta, refiriéndose a esto mismo hace una relación animada de los sufrimientos padecidos y una descripción del escorbuto. “Navegamos, dice, “tres meses y veinte días sin reportarnos de vituallas. Nos vimos obligados, para no morirnos de hambre, a comer los pedazos de cuero en “que se había forrado la gran verga para impedir que la madera no gastase las cuerdas. Estos cueros expuestos siempre al agua, al sol y a los “vientos eran tan duros que se necesitaba mantenerlos 4 o 5 días en el “mar para hacerlos un poco tiernos; en seguida los poníamos al fuego “para comerlos. Muchas veces nos vimos reducidos a alimentarnos con “aserrín de madera; y las ratas mismas tan repugnantes para el hombre, “había llegado a ser alimento tan buscado que se pagaba hasta medio “ducado cada una.

“Esto no era todo. Nuestra mayor desgracia consistía en vernos “atacados de una especie de enfermedad, con la cual las encías se hinchaban a punto de ocultar los dientes de ambas mandíbulas. Los que eran

---

Deseado o Pilar e islas Evangelistas, donde aunque el tiempo no esté tempestuoso, aquel se muestra siempre agreste y agitado, en continua efervescencia, y que lo explica y lo produce el entrechocar latente y formidable de los dos océanos: estado anormal constante que no se presta tampoco a *pacíficas* casualidades que pudieran argüirse.

Por eso mismo, la ceremonia del oceánico bautizo del Pacífico debe haberse producido, como lo afirman Barros y otros, después de varios días de navegar mar adentro y de comprobada su ocasional mansedumbre.

(6) Herrera.—Dec. II, lib. IX, cap. XV.

“atacados de esta enfermedad no podían tomar ningún alimento. Además de los muertos tuvimos 25 o 30 marineros enfermos que sufrían dolores en los brazos, en las piernas y en otras partes del cuerpo, pero al fin se curaron. En cuanto a mí, yo no puedo dar suficientes gracias a Dios de que durante todo este tiempo, y en medio de tantos enfermos, no haya experimentado la enfermedad.” (7)

Consciente como pocos capitanes de sus deberes y responsabilidades, pundonoroso hasta la exageración, es fácil suponer las terribles angustias y abrumadores pesares que tenía que soportar el ánimo de Magallanes en su impotencia con los elementos, y, sobre todo, por los estragos que la atroz epidemia del escorbuto hacía entre su gente; y más aun al pensar que esa epidemia que cada día le arrebatava despiadadamente más de uno de los suyos había sido producida por el hambre y por la sed, por la pésima alimentación y putridez del agua, de que tenía que ser único y exclusivo responsable el comandante en jefe por falta de previsión... Bien es verdad, que no podía achacársele o hacérsele responsable de lo fortuito o de la fuerza mayor que puede sobrevenir en toda expedición; pero estamos casi seguros que cada víctima que caía, era una condenación moral, atenuantes, que se hacía a sí mismo y que torturaba el alma de ese hombre altivo y estoico, pero de fondo realmente bondadoso. Talvez otro hombre de cerebro menos equilibrado y con menos energías, esas terribles depresiones de ánimo le habrían vuelto loco... Y es de advertir que Magallanes participaba de las mismas privaciones y por tanto de los mismos sufrimientos que su gente.

Por fortuna los vientos les fueron favorables y navegando siempre con rumbo Sur Oeste, el 13 de febrero pasaban la línea ecuatorial. Por fin el “6 de marzo,” a los 13° de latitud septentrional, según Alvo, abordaron una isla habitada, que resultó pertenecer al archipiélago de las Marianas y que los castellanos llamaron “Velas Latinas” por la forma triangular de las que usaban en sus ligeras embarcaciones los naturales. (8) Aquello para los extenuados argonautas fué un verdadero “oasis” en aquel desierto océano. Allí se proveyeron de agua, cocos, de algo de arroz, plátanos y de un tubérculo parecido a la patata, a cambio de baratijas y otros regalos hechos a los naturales que resultaron ser unos rateros consumados, que no conformes con la distribución de regalos que se les hizo, robaron a bordo lo que encontraron a mano y hubo de atemorizarlos a cañonazos para prevenir el abordaje de piratería que parece preparaban con una infinidad de botes y piraguas. Por eso los españoles llamaron a aquellas islas, en memoria de sus naturales, “Islas de los Ladrones.”

(7) Pigafetta, *Primo viaggio*, lib. II.

(8) Maximiliano Transilvano, llama a la primera isla abordada allí por Magallanes, Ivagona; pero parece ser la de San Juan, que indica la Carta Geográfica del jesuita Alonso López.

Desde allí los expedicionarios continuaron la navegación por un archipiélago de innumerables islas, la mayor parte de ellas pequeñas, deshabitadas y de triste aspecto. El 16 de marzo estaban a la altura de una isla que los naturales daban el nombre de Zemal, y que debe ser la que en los mapas aparece con el nombre de Samar; reconociendo luego otra isla de más o menos igual conformación. (9) Navegando al Oeste abordaron una isla completamente despoblada, donde Magallanes ordenó desembarcar para hacer aguada y dar descanso a las tripulaciones. Aquella isla se encontraba a más de 360 leguas de la de los Ladrones y se le puso por nombre el de "Aguada de los buenos indicios"; y en conmemoración a la fiesta de San Lázaro se denominó a aquel archipiélago con este nombre. (10) Afortunadamente también llegaron naturales de las islas vecinas con quienes establecieron intercambio de comercio, dándoles objetos sin valor, como espejitos, naipes, cuentas de vidrios, abalorios y otras menudencias por pescado, cocos, plátanos, vino de palmera, etc. De esta isla, que prestó tan grato solaz a la gente y a los muchos enfermos que iban a bordo, y conducidos por aquellos indígenas, pasaron los navegantes a la que llamaban de "Zoluan" donde pudo ver Magallanes graneros llenos de las famosas especias o sea canela, clavo de olor, nueces moseadas y pimienta, que no eran precisamente productos de la isla pero que le dieron a entender que las traían de islas no lejanas. Sin detenerse allí, el "28 de marzo" se encontraban en una isla que Alvo denomina de Masagua, donde el esclavo malayo que, como hemos dicho anteriormente Magallanes traía a bordo, pudo ser utilizado, pues se entendió perfectamente con esos indígenas, lo que no es de extrañar estando como estaban ya en los mares orientales del Asia. Dice Herrera que Magallanes mandó al día siguiente al malayo para decir al rey de esa isla que los visitantes eran vasallos del rey de Castilla que querían hacer la paz con él y contratar las mercaderías que llevaba, y que si tenía víveres le rogaba se los diese y se los pagaría. El rey contestó que no podía disponer de víveres para tanta gente, pero agregó con toda gentileza que partiría con ellos lo que tenía. (11) Aquel rey llegó luego a bordo llevando a Magallanes una buena porción de arroz y otros víveres y en retribución de las atenciones que recibiera a bordo, pidió a Magallanes la visita de dos personas principales para cumplimentarlas en tierra. El capitán general muy complacido de las atenciones de ese rey mandó a dos personas de su confianza una de las cuales fué Pigafetta (la otra no se sabe quien haya sido) y quien hace una relación animada de los sucesos; y porque deja constancia de algunos hechos verdaderamente interesantes, la insertamos a la letra.

(9) Alvo llama *Saluan* y *Yunagan* a esas dos islas reconocidas por los expedicionarios.

(10) Este archipiélago fué llamado después de las Filipinas en homenaje al príncipe Felipe, hijo de Carlos V.

(11) Herrera, Dec. III, lib. I cap. III.

“Cuando desembarcamos, dice, el rey levantó las manos al cielo y se volvió a nosotros: hicimos otro tanto, así como todos los que nos seguían y después nos colocamos debajo de un cobertizo hecho de cañas donde había un “balangay,” embarcación de 50 pies de largo, y nos sentamos en la popa procurando hacernos entender por señas, por no tener intérprete. Los de la comitiva del rey permanecieron de pie armados de lanzas y escudos.”

“Sirviéronnos un plato de carne de cerdo, con un cántaro lleno de vino a cada bocado bebíamos una escudilla de ese licor, y si dejábamos algún resto, lo arrojaban a un cántaro antes de volver a llenarla. Nadie se atrevía a tocar la escudilla del rey, excepto yo. A pesar de ser Viernes Santo no pude menos de comer carne.”

“A la hora de comer trajeron dos grandes platos de porcelana, uno con arroz y otro con carne de cerdo guisada, bebimos en las mismas escudillas que en la comida, y cuando acabamos fuimos al palacio del rey que tiene la forma de un montón de heno, cubierto con hojas de plátano y sostenido por cuatro vigas bastante altas; se sube por una escala de mano.”

“Al siguiente día vino el rey a buscarnos para almorzar con él, pero habiendo visto nuestra chalupa que había venido a buscarnos para volver a bordo, le dimos las gracias y partimos con mi compañero. Su hermano que era rey de otra isla se vino con nosotros acompañado por tres hombres. El capitán general le convidó a comer y le regaló varias bagatelas.”

“Este rey nos dijo que en su isla había pedazos de oro gruesos como nueces y aun como huevos, mezclado con tierra, y que todos los jarros y adornos de su casa eran de aquel metal. Iba vestido con bastante decencia, era de hermoso aspecto: sus negros cabellos le caían por encima de los hombros, llevaba pendientes de oro y la cabeza envuelta en un velo de seda. Ceñía una especie de daga o espada con puño de oro y vaina de madera muy bien labrada. En cada uno de sus dientes se veían tres manchitas de oro, de modo que parecían que toda la dentadura estaba atada con este metal. Iba perfumado de estoraque y benjuí y se pintaba el cutis.”

“Su permanencia ordinaria es una isla (parece que haya sido Mindanao) en donde se hallan los países de Butuan y Calagan, pero cuando dos reyes quieren conferenciar, se juntan en la isla de Masaua que era donde estábamos. El primero de dichos reyes se llama “Rajah Columbu” y el segundo “Rajah Siagu.”

“El día de Pascua que era el último del mes de marzo, el capitán general envió desde por la mañana a tierra, al capellán y algunos hombres para hacer los preparativos necesarios para decir misa. Envió al mismo tiempo al esclavo intérprete para que notificase al rey que íbamos a su isla, no para comer, sino para cumplir con una ceremonia de nuestro culto; el rey lo aprobó todo, y nos mandó dos cerdos que había matado.”

“Desembarcamos en número de 50 medio armados y vestidos decentemente. En cuanto llegaron las lanchas a tierra se dispararon 6 bombardas en señal de paz. Al saltar a tierra salieron a recibirnos los dos reyes que dieron un abrazo al general y le pusieron en medio de ambos.”

“El general mandó traer (después de la misa) en seguida una gran cruz, guarnecida con clavos y la corona de espina, ante la cual nos arrodillamos lo mismo que los isleños. El intérprete dijo a los reyes de parte del capitán, que aquella cruz era el estandarte que le había confiado el Emperador para que la plantase en todas partes donde llegase; que por consiguiente quería dejarla allí, para que cuando arribase a la isla algún buque europeo, supiese que habíamos sido recibidos como amigos, y tratase del mismo modo a los naturales, respetando personas y haciendas. Añadió que era preciso poner esta cruz en el paraje más elevado para que todo el mundo la viese y que cada mañana debían adorarla. Los reyes le prometieron, por medio del intérprete, cumplir exactamente todo cuanto le encargaba el general”.

“Preguntámosle si eran moros o gentiles: respondieron que no adoraban ningún objeto terrestre, pero levantando las manos al cielo, dieron a entender que reconocían a un ser supremo a quien daban el nombre de Abba, lo que llenó de satisfacción al general. Este dijo al rey que si tenían algún enemigo iríamos a combatirlo con nuestros buques. Respondió el soberano isleño que en efecto se hallaba en guerra abierta con los habitantes de dos islas vecinas, pero que no siendo tiempo a propósito para atacarles no podía aceptar su generoso ofrecimiento.”

A Magallanes le había interesado aquella vida original y exótica y distraído un tanto de las preocupaciones del viaje. Bien es verdad que se le había hecho allí un recibimiento que no esperaba de aquellos reyezuelos, pues allí había encontrado provisiones de todas clases, víveres en abundancia y una buena cantidad de las especias, también objeto de su viaje, especias que había adquirido en cambio de simples baratijas sin valor. Magallanes, justicieramente había tomado muy en cuenta el descanso que debía tomarse su gente toda para reponerse un tanto de los sufrimientos, hambres y fatigas padecidos en la penosísima travesía del Pacífico. No era, pues, aquello para Magallanes la relajación cartaginesa de una Cápua después de su inmortal victoria del Océano: era sencillamente un descanso obligado y necesario para apercibirse con más ánimo y valor para las operaciones futuras.

Como preguntára Magallanes a los reyezuelos, sus amigos, por el puerto más importante y cercano para poder cambiar sus mercaderías y proveer en mayor escala de víveres a sus naves, se le informó que el principal y más rico era “Cebú” y le seguían “Ceylón” (o Ceilani, según Alvo) y “Calagan” que no distaban mucho de allí y por lo cual Magallanes trató de emprender el viaje cuanto antes. En efecto, el 1.º de abril se alistaba Magallanes para hacerse a la mar en viaje a Cebú cuando el rey de Masagua le pidió que le ayudaran a recolectar las cosechas y como ha-

bía sido tan gentil con ellos no hubo forma de excusarse, más cuando el mismo se ofrecía para servir de guía en el viaje. Terminado aquel trabajo, el 5 de abril reanudaron la expedición y pasando por el estrecho que separa la isla de Leite de la de Bohol se encontraron en Cebú el 7 de abril. Una vez en la rada, Magallanes hizo poner los empavesados a las naves y saludar el puerto con una descarga de artillería. Inmediatamente, dice Herrera, el jefe de la escuadra despachó una chalupa con una persona competente, acompañada del intérprete malayo, para conferenciar con el rey de ese pueblo. "Encontraron a éste rodeado de más de 2.000 hombres armados de lanzas y pavecés, que miraban con grande espanto las naves castellanás." (12) Se indicó al intérprete que su jefe debía pagar el tributo que pagaban todas las embarcaciones que se acercaban a sus dominios, a lo que el intérprete repuso que el capitán de un rey poderoso no lo pagaría a ningún rey de la tierra y que estaba dispuesto a ofrecer la paz como aceptar la guerra.

Tanto Herrera como Pigafetta dan cuenta de que un moro comerciante de Siam, que se hallaba en Cebú, conocedor de los métodos de la dominación portuguesa en la India y lo destructor de los elementos de guerra de los europeos, aconsejó al rey fuera suficientemente prudente para evitar dificultades. Contribuyó también a la mayor inteligencia, las explicaciones que bajó a dar el rey de Masaguá. Convenida que fué la paz, el rey de Cebú quedaba como tributario del de Castilla pero sin más obligación, por su parte, que permitir el comercio a los castellanos en sus dominios. Según la costumbre de aquellos isleños era necesario que Magallanes y el rey se sangrasen para beber recíprocamente su sangre en signo de amistad y alianza. (13)

Concertada la alianza entre los "diplomáticos," empezó luego el tráfico y el intercambio comercial entre los aliados: los isleños llevaban a bordo frutas, gallinas, arroz, puercos, cabras, cocos, etc., que eran comprados por abalorios, telas, cascabeles, espejitos y otras chucherías.

Por catequizaciones hechas, naturalmente antes, el rey de Cebú manifestó que deseaba hacerse cristiano, y Magallanes con gran satisfacción de su parte fijó, de acuerdo con aquel, el 14 de abril para la ceremonia del bautizo. Se levantó, al efecto, en la plaza del pueblo un tablado perfectamente arreglado y adornado. Magallanes envió desembarcar 40 hombres mandando a la cabeza de éstos, dos más, con sus armaduras completas y que eran portadores del estandarte real. Pigafetta hace la siguiente relación de este acto: "Después de haber plantado una gran cruz en el centro de la plaza, se pregonó un aviso para que el que quisiese abrazar el cristianismo destruyese sus ídolos y pusiese la cruz en su lugar. Todos aceptaron la condición. Tomando entonces, al rey de la mano, Magallanes lo condujo al tablado donde se le vistió completamente

(12) Herrera.—Dec. III, lib. I cap. III.

(13) Pigafetta.—*Primo viaggio*.—Herrera Dec. III, lib. I cap. III.

de blanco y se le bautizó junto con el rey de Masaguá, el príncipe su sobrino, el mercader moro y otras personas en número de 500. El rey que se llamaba "Rajah Humabon," fué llamado Carlos, en honor del rey de España. Celebróse en seguida la misa, después de la cual el capitán invitó al rey a comer, pero éste se excusó y nos acompañó hasta las chalupas que nos llevaron a la escuadra, la que hizo una descarga de toda su artillería."

"Después de comer, desembarcamos en gran número para bautizar a la reina y otras mujeres. Subimos con ellas al mismo tablado. Mostré a la reina un bustito que presentaba a la Virgen con el niño Jesús, lo que le agradó mucho y la enterneció. Me la pidió para ponerla en lugar de sus ídolos, a lo que consentí con mucho gusto. Se dió a la reina el nombre de Juana en honor de la madre del emperador; el de Catalina, a la mujer del príncipe y el de Isabel a la reina de Masagua. Bautizamos este día cerca de 800 personas entre hombres, mujeres y niños."

Durante la ceremonia la escuadra había hecho una salva de artillería para solemnizar la fiesta, pero más que de solemnidad sirvió para sobrecoger de pavor a los nerviosos isleños, quienes se apresuraron a abrazar una religión que tan prepotentemente se insinuaba.

Y, a la verdad que era precipitada y sin gran preparación la observancia del culto de la nueva religión, porque los indígenas simulaban demostraciones de observar la católica, pero no abjuraban de sus ídolos y dioses, ni "lares" ni "penates," pues que siempre los mantenían en el mejor sitio de sus habitaciones para su adoración. Sin embargo, un hecho singular para aquellas gentes vino a conmover profundamente sus creencias. Magallanes en sus innumerables viajes, había visto curar muchas dolencias y enfermedades, y atento observador que era para todo lo práctico de la vida, había aprendido a curar y prevenirse el mismo de cualquier dolencia,—que no fuere complicada o que no exigiere intervención médica,—con métodos sencillos o, por mejor decir, caseros. Y sabiendo que a la sazón se hallaba seriamente enfermo un hermano del príncipe, le prodigó Magallanes sus atenciones y ordenó se sometiese al paciente a un tratamiento que en poco días lo salvó de la muerte. Este hecho fué para los indígenas la manifestación de un prodigio que atribuyeron al poder sobrenatural de la religión de los europeos, por lo cual el prestigio de ésta se extendió a las islas adyacentes.

Situada al Oriente de Cebú y separada únicamente de un angosto canal, existe la pequeña isla de Mactan. Habiendo ido a visitar las islas vecinas alguna marinería y soldados de Magallanes, un buen día, estos últimos, encontrándose en Mactan, prendieron fuego a una aldea pequeña porque sus pobladores se negaron a someterse al dominio de Castilla. Parece, además, que los soldados de Magallanes exigían de los moradores de esa isla ciertos tributos sobre sus productos como señal de sumisión, expoliación que fué rechazada, originándose el conflicto.

Es de suponer que la dicha isla de Maetan se encontraba dividida entre dos o más personajes a modo de señores feudales que se disputaban su dominio. Lo cierto es que Magallanes recibió el día 26 de abril, de uno de esos señores el presente de dos cabras, mandándole con uno de sus hijos el recado de que si no le enviaba todos los obsequios,—que parece había ofrecido con anticipación,— no era por falta de él sino por culpa de otro jefe más poderoso que era su enemigo y que se encontraba indignadísimo con los castellanos por el incendio de la aldehuela de sus posesiones. Al propio tiempo proponía a Magallanes que si le enviaba unos cuantos hombres armados a la europea, él tenía bastante para vencer a su rival, que se llamaba Silapulapu, o al menos, para obligar a éste ser tributario del monarca español.

Magallanes no se hizo repetir el mensaje, dice un historiador. El espíritu marcial del antiguo soldado de la India se avenía poco con las dilaciones; y talvez sentía haber navegado tanto tiempo y haber visitado países desconocidos sin encontrar ocasión de medir sus armas y de desplegar los recursos de su carácter osado y aventurero. (14) Resolvió, pues, según puso en conocimiento de sus capitanes y oficiales, que iba él en persona, con la poca gente de que podía disponer a atacar y castigar, acto continuo, a aquellos indígenas rebeldes que osaban no someterse a la autoridad del rey de España y aun despreciar la religión católica.

Por sus anteriores actos ya conocemos el carácter de Magallanes, de modo que está fuera de lugar decir que todo razonamiento de sus capitanes y pilotos para disuadirlo y hacerlo desistir de tan vano empeño fué completamente inútil, como lo fueron los razonamientos del rey de Cebú conocedor de la situación, costumbres y modo de guerrear de los naturales de esa isla. El capitán Juan Serrano, con muy prudentes razones representó a Magallanes que no debía empeñarse en aquella jornada “porque además que de ella no iba a sacar provecho alguno, las naves iban a quedar desprovistas de gente, que en caso de continuar el conflicto, muy pocos hombres podían tomarlas, y por último, que si a pesar de todo persistía en aquella empresa no fuese él mismo sino que enviase a otro en su lugar.” (15) Magallanes no quiso aceptar tampoco este consejo: insistió, dice Pigafetta, en que era menester castigar a los rebeldes, y dijo “que como buen pastor no quería abandonar su rebaño.” (16).

Todo quedó preparado en la noche de aquel mismo día (26 de abril.) Hombres aptos no pudo reunir Magallanes más que 60 que fueron armados de coraza, casco y lanza y otros con mosquetes. Naturalmente que pudo haber alistado a mucha más gente, pero los demás estaban completamente

(14) Barros Arana.—*Estudios Histórico - Bibliográficos* Vida y Viajes, etc., tomo VI, fol. 311.

(15) Herrera, Dec. III, lib. I cap. IV.

(16) Pigafetta.—*Primo viaggio*, lib. II.

extenuados, enfermos aun, debido a los padecimientos de aquella larga y penosa navegación.

Seguido por el rey de Cebú, y algunos presonajes de la corte de éste y de numerosos guerreros de que ese mismo rey voluntariamente quiso disponer para ayudar a su aliado en caso necesario, Magallanes y los suyos emprendieron la marcha hacia Mactan para atacarla antes del amanecer. La playa era de lo peor para un desembarco, sobre todo de gente de guerra: estaba llena de escollos y arrecifes inabordables en la baja marea, y justamente habiendo elegido mal la hora no se pudo efectuar el desembarco. Pero Magallanes, para no perder el tiempo mientras llegaba la pleamar, envió a tierra de parlamentario a aquel comerciante moro, hecho cristiano, para decir a los filibusteros mactianos que si aun querían someterse al soberano de Castilla, prestar obediencia al rey cristiano de Cebú y pagar los tributos exigidos, los trataría con consideración de amistad; en caso de oposición estaba dispuesto a tratarlos como enemigos y castigarlos inmediatamente con sus armas. Esta intimación produjo poco efecto en los mactianos, pues todo hace suponer que desde el día del incendio de su villorio, principiaron a prepararse para resistir por las armas cualquier nuevo ataque a sus posesiones; levantando y alistando en Mactan a los pobladores vecinos en contra la dominación que querían imponerle aquellos intrusos extranjeros. Por eso, arrogantes y conscientes de su fuerza, por el número de combatientes de que disponían, contestaron al enviado moro que aquellas amenazas no les intimidaban, pues que también disponían de armas para defenderse y que lo único que pedían era que el combate fuera a la luz del día y que no era propio combatir de noche.

Magallanes ni los suyos imaginaron jamás que aquella pequeña isla podía oponerles semejante resistencia, ni muchos menos encontrar en ella, en todo caso, talvez más de 500, a lo más 800 guerreros, a los que, si no podían vencer inmediatamente, podrían poner siempre a raya con sus modernos y prácticos métodos de guerra en el ataque y la defensa y por la excelencia de sus armas. No contaron nunca con el levantamiento de las islas vecinas, y el gran contingente de guerreros que estas podían proporcionar.

Pero, abriendo aquí un pequeño paréntesis y pensando un poco sobre aquel hecho guerrero, uno no puede menos que preguntarse ¿qué finalidad, qué objeto práctico y qué resultados o alcances políticos o militares podía tener aquella empresa? La verdad es que la respuesta nos deja completamente desconformes o, por mejor decir, desorientados. No encontramos, como con tanta lógica argumentaba el capitán Serrano, nada práctico que justifique su utilidad: nada que beneficie eficazmente a aquella gloriosa expedición conducida hasta allí con mano tan hábilmente diestra. No hay en abono de aquel "casus belli" más que el condicional llamado de auxilio de un jefe tributario apenas conocido; la consolida-

ción o amplitud de dominio de un simple reyezuelo de Cebú y la ayuda a este por haberse hecho cristiano pero en forma absolutamente superficial y desconociendo hasta donde podía llegar su adhesión y lealtad. Luego hay también en contra de tal determinación la imprudencia de comprometer talvez los destinos de la expedición con peligro de la vida de su jefe que en ningún caso debía de exponerse.

Sin embargo, mirado desde una parte más alta, desde la parte moral, de ese piélago de fríos razonamientos, vemos flotar destellos de grandeza y hasta mirajes de sublimidad. Lo que con más convicción, en este caso, abona a Magallanes, es el pretendido derecho de conquista en nombre de la civilización y lo que constituía una de las reales atribuciones y por tanto una orden, un mandato; pero lo que si lo eleva a gran altura es su absoluta fidelidad al soberano y su gratitud a la nación que tan generosamente lo protegiera y honrara: lealtad que no titubea en castigar por su propia mano al pueblo rebelde que se niega a prestar acatamiento y obediencia al gran rey: gratitud que no vacila en hacerle exponer la propia vida por honrar el nombre de España, en hacer respetar a la bandera española.

Tan luego recibiera Magallanes la altiva respuesta de los isleños, trató de atacarlos inmediatamente; pero los consejos del rey de Cebú calmaron un tanto sus ímpetus, pues que defirió el ataque para las primeras horas de la mañana. Dicho reyezuelo hizo ver a Magallanes que aquel pedido de los maorianos de "no combatirles de noche" no era otra cosa que una celada habilidosa, pues tenían abiertos disimuladamente delante de ellos una infinidad de pozos peligrosísimos en cuyo interior habían hincado una cantidad de estacas afiladas donde sus hombres encontrarían una muerte horrorosa si al ataque iban de noche. (17) Sin embargo, aunque Magallanes postergó el empeñar la acción, no aceptó el ofrecimiento de su aliado que se ofrecía para iniciar el combate e ir de avanzada, formando la vanguardia, con los 1.000 hombres de que disponía y que ayudados por los castellanos podía darse por descontada la victoria de antemano. Como hemos dicho, Magallanes no creyó nunca que fuera a encontrarse con un número tan crecido de enemigos y por esto, suponiendo suficientes sus fuerzas y contando con el poder de su artillería y demás armas, no aceptó el ofrecimiento; y sólo le pidió a su aliado que se mantuviera a la expectativa y que presenciare el combate desde lejos, viendo cómo se batían los bravos europeos. (18)

Con las primeras claridades del alba, ordenó el general el desembarco. Era el "27 de abril de 1521." El tiempo se manifestaba espléndido; el mar se prestaba a maravilla para aquella operación, pero la rocosa

---

(17) Este mismo sistema de defensa se ensayó con efectos terribles en Manchuria en la guerra ruso-japonesa.

(18) Herrera.—Dec. III, lib. I cap. IV.

ribera lo impedía por completo; de modo que los soldados tuvieron que salir a tierra con el agua hasta la cintura. Es de advertir, y este es un punto muy importante que hay que tomar en cuenta en descargo de la temeridad o imprudencia de Magallanes, que éste había hecho traer en las chalupas suficiente artillería que habría sido, no hay duda, como bien lo había previsto Magallanes, de un efecto decisivo, pues habría causado un espanto aterrador en los indígenas; pero, como hemos visto, si a duras penas pudieron abordar la playa los soldados, mal podía desembarcarse artillería entre aquellas breñas y peñascos que impedían en absoluto la aproximación de los botes a la costa. Este primer contratiempo tuvo que ser de efectos desastrosos para la tropa. Luego hubo que dejar a bordo suficientes marineros y soldados para cuidar las embarcaciones y artillería y por si podía utilizarse ésta para proteger, ya que no el desembarco, al menos la acción que luego se iba a empeñar. Pero tampoco esto fué posible porque las eminencias y elevados enrocados de la costa impidieron su ejercicio. Y si se descuenta sólo 8 individuos que hayan quedado al cuidado de los botes, tendremos que aquella tropa se componía sólo de 52 hombres: lo cierto es que estaba más reducida al pisar la ribera. (19) Aquello iba ser, pues, un combate al estilo bíblico: un israelita contra cientos de filisteos; ni más ni menos que a la usanza de las "caballerías": un cristiano contra millares de gentiles, pero con la diferencia de la realidad, en este caso, en que efectivamente tuvo que luchar cada castellano contra cientos de indígenas. (20)

Estando ya todos en la playa, mal avenidos con la mojada pero ya en formación y apercebidos para el avance, se presentó en son de ataque un numeroso destacamento de indígenas por uno de sus flancos. Iban a atacar a éstos sin preocuparles gran cosa su número, "chivateo" y demostraciones de animación entre ellos, cuando se presentó otro grupo, más numeroso aun, por el otro flanco. Magallanes iba a ordenar la división de sus tropas en dos cuerpos para contrarrestar ambos flancos cuando de improviso apareció una tercera y poderosa división de tropas enemigas por el frente.

Por bastante tiempo pelearon bravamente los soldados de Magallanes animados por su jefe, manteniendo a raya y a alguna distancia a los indígenas con el tardío pero bien dirigido fuego de mosquetería. Habría sido mucho más ventajoso el no dividir las fuerzas, pues, estas se hacían más eficientes con la cohesión y al mando de un solo jefe. Los indígenas se envalentonaron más al cerciorarse de que las temidas armas europeas no eran de efectos tan desastrosos como pensaban, pues si bien es verdad que caían muchos heridos en sus filas por las baías y los dardos, al fin

(19) Maximiliano Transilvano, cap. XII.

(20) Algunos, como Espasa, en su *Enciclopedia Universal Ilustrada*, al hablar de Elcano, hacen subir a 6.000 el número de indígenas con que tuvo que luchar Magallanes y los suyos.

conservaban la vida, por lo cual arremetieron con más furor, lanzando en medio de una gritería infernal, una verdadera lluvia de flechas, maderas endurecidas a fuego y una granizada de piedras de todos tamaños, disparadas a mano y por cuerpos especiales de honderos sobre los acorralados castellanos. Estos resistían, sin embargo, con todo valor, sin amedrentarse ante el enorme número de enemigos, gracias a la serenidad y el arrojo temerario de su jefe, que herido y hecho blanco varias veces por las pedradas de honda o a mano, que era lo que más daño hacía en las filas castellanas, no sólo dirigía el ataque,—según Transilvano y Argensola,—sino que peleaba heroicamente al frente de los suyos.

Para presentar menos blanco a las nubes de flechas y pedradas, Magallanes había ordenado a su pequeña tropa separarse un tanto, sin perder el contacto, medida que aminoró en mucho las bajas. Luego para simular que llegaban refuerzos y que los europeos atacaban por otro lado a los indígenas, y con el manifiesto propósito de intimidar a éstos, ordenó que dos hombres decididos fueran a prender fuego a las rucas del pueblo vecino. Esos dos valientes cumplieron inmediatamente la orden de su jefe: el villorio aquél fué luego una hoguera; pero también pagaban allí mismo su arrojo con su vida. Aquel incendio no hizo más que enfurecer a los isleños que decidieron estrechar el círculo de los europeos, encerrarlos en seguida para exterminarlos a todos por completo. Como combatían muy de cerca pudieron luego darse cuenta quien era el jefe: sobre él dirigieron, pues, todos sus esfuerzos para ultimarle primero. Y como también habían observado que los cascotes y corazas de los castellanos los hacían invencibles e invulnerables a sus armas, principiaron a dirigir sus ataques a las piernas que no estaban protegidas. El ataque en esta forma fué de un efecto desastroso para aquel puñado de valientes: aquello era un diluvio de piedras y una palizada de flechas, cañas, maderas, etc., que obstaculizaba el paso por todas partes a los ya extenuados combatientes. Magallanes que, como hemos dicho, ya estaba herido por varios golpes de piedra, seguía, sin embargo, batiéndose como un león acorralado, animando con la palabra y ejemplo sus ya desfallecientes soldados. De éstos los que no habían caído muertos o gravemente heridos, estaban atrozmente lesionados por las pedradas de honda. Y parece que Magallanes iba a mandar por refuerzos y que se desembarcara por alguna parte la artillería, cuando recibió un terrible flechazo, por crueldad del destino, en la misma pierna coja por aquella lanzada que recibiera en África. Viendo, entonces, que esa herida le impediría luego todo movimiento y que rodeado por todas partes tenían necesariamente que sucumbir al número en la lucha cuerpo a cuerpo, ordenó la retirada. Pero sus hombres acosados por todas partes, confundidos y agotados, heridos o estropeados por tan desigual pelea, no atendieron ya a la voz de su heroico jefe que les ordenaba esa retirada en formación correcta y luchando hasta ganar los botes, sino que apoderados de gran pánico huyeron corriendo

a la desbandada hasta las embarcaciones, dejando un claro fatal que, ocupado por aquellos salvajes, vino a hacer sumamente crítica la suerte de Magallanes. Este con un valor sin igual y con una serenidad que jamás lo abandonó, ayudado por unos cuantos fieles y bravos castellanos, seguía luchando con todo denuedo y tenacidad y exponiendo cien veces la vida por salvar la de los suyos. Terriblemente lesionado, herido y desangrado como estaba, con una resistencia de titán, seguía animando a sus fieles compañeros a retroceder luchando: que de su resistencia dependía la salvación de todos. Ya los hombres de Magallanes se metían al agua para alcanzar los botes, aunque siempre castigados por las pedradas y las flechas. Los indios seguían más enardecidos con la victoria que ya estaba segura y dando gritos feroces atacaban con más furor a Magallanes a pedradas y flechazos, pues no osaban acercársele porque su terrible lanza manejada con una destreza y pujanza increíble había hecho un crecido número de víctimas entre ellos. Aquel trágico espectáculo que se hacía más expeluznante y pavoroso con los miles de roncós y agudos alaridos que daban los salvajes, más que un combate entre hombres parecía más bien una furiosa y descomunal jauría atacando a un león y sus cachorros. Por dos ocasiones, certeras pedradas habían echado por tierra el casco de Magallanes. La última vez no pudo recogerlo, estaba cercado de enemigos; cualquiera distracción, cualquier descuido le costaba la vida. Así descubierto y haciendo prodigios de valor siguió luchando aquel hombre que más que tal, por su increíble vitalidad y pujanza, parecía más bien un semidiós invencible entre aquellos bárbaros; así aun paraba y repartía golpes, sin perder uno, esgrimiendo su lanza con tal destreza y empuje que aun mantenía a raya a las compactas y atropelladas filas de enemigos.

El rey de Cebú y los suyos cumpliendo las instrucciones del almirante se mantenían alejados contemplando con gran admiración aquel singular combate.

Aquella batalla tan desproporcionada, hacía más de una hora que duraba mantenida por aquel guerrero infatigable. Pero mientras estaba entretenido Magallanes peleando con varios indios de los más cercanos, se le aproxima otro que logra herirlo en la frente que mantenía sudorosa y descubierta, pero es castigado al punto por Magallanes, que de un lanzazo lo atraviesa de parte a parte, más por desgracia, no puede retirar con presteza su arma que queda adherida al cuerpo del salvaje. Va a echar mano a la espada y tampoco le es posible; un golpe le había dejado sin movimiento el brazo derecho. Viendo, entonces, los indios que el general enemigo, desarmado, sin ayuda de los suyos y sin poder defenderse, quedaba a merced de ellos, cargaron sobre él con furia de salvajes: uno de éstos de un terrible golpe en una pierna lo arrojó al suelo de bruces e inmediatamente se fueron todos sobre él para ultimarle y rematarlo despiadada y bárbaramente a pedradas y garrotazos. Sin pro-

nunciar una sola queja, sin un grito de auxilio, sólo se volvió varias veces hacia los suyos para ver que con su heroica muerte estos salvaban la vida. En lucha con enemigos civilizados, aquel esforzado guerrero habría tenido todos los respetos y los honores que se tributan en homenaje al héroe invicto que cae luchando, pero no rendido.

Magallanes, pudo haberse salvado perfectamente, pero su pundonor de militar y de jefe, su alta dignidad se lo impidieron: su generoso y noble espíritu de protección a los suyos, su coraje y arrojo temerario lo perdieron. Pigafetta que fué actor y testigo de esta trágica y desigual contienda, y a quién pertenecen en gran parte los antecedentes de este relato, confirmando nuestro aserto, dice: "Ya en tierra, volvió los ojos el almirante hacia nosotros **para ver si estábamos todos en salvo**. Como no había entre nosotros uno sólo que no estuviera herido, y como no nos encontrábamos en estado de socorrer o de vengar a nuestro general, nos precipitamos sobre nuestras chalupas que estaban a punto de partir. **Nuestra salvación fué debida a la muerte de nuestro capitán**, porque en el momento que pereció, todos los isleños corrieron al lugar donde había caído. Así murió nuestro ejemplo, nuestro sostén y fiel guía."

Con respecto a las bajas de esta desigual sangrienta acción, de parte de los europeos hubo que lamentar, sin contar la de Magallanes, la muerte de 8 españoles y 4 indígenas de Cebú cristianizados; y por lo que hace a los heridos, lo eran todos o casi todos los europeos que tomaron parte en la refriega. Las pérdidas de los indígenas mactianos no se conocen: sólo se saben que fueron, pero muy superiores a las de los europeos. No hubo prisioneros de una ni otra parte, pero los castellanos no pudieron recuperar sus muertos; y por más representaciones, ofrecimientos y recompensas que hicieron ante los jefes de Mactan, aun por intermedio del rey de Cebú, no consiguieron recuperar el cuerpo de Magallanes que aquellos se negaron a entregar alegando retenerlo como trofeo de su triunfo.

De todos los relatos y descripciones que dan cuenta detallada de esta acción,—de Pigafetta, López de Gomara, Herrera, Transilvano, en la recopilación y traducción de Navarrete, Argensola, Oviedo, etc., etc.—se ve que están más o menos contestes en los hechos ya relacionados y por tanto se desprende que los demás jefes no aprobaron la empresa de atacar a Mactan por el poco provecho que había en ello para la expedición y aunque podía haber peligro para la vida del jefe. Luego tenían que estar más sobre aviso y cuidado, tanto por éste como por sus demás compañeros. De esas mismas relaciones se ve que los buques aproximados como estaban a Mactan y frente a esta isla, los capitanes y pilotos pudieron cerciorarse de que la artillería llevada por Magallanes no pudo ser desembarcada y que por tanto quedaba descontado el mayor elemento de ataque y de defensa...

Grande y fatal fué, sin duda, el error de Magallanes al emprender tal jornada; y si es incomprensible la imprudencia de un hombre que era

todo previsión, pero cuya temeridad queda en parte justificada con lo imprevisto, con los elementos que le fallaron, como la artillería y el fácil desembarco con que creían contar, también es inexplicable la actitud de los capitanes y demás jefes compañeros de Magallanes que, al ver a su general en tan grave peligro y sabiendo que aquellos factores quedaban descontados, se resignaran, ni más ni menos que el reyezuelo aliado de Cebú, a las disposiciones de aquel; que conociendo lo imprevisto, lo que había fallado del plan, no arbitraran recursos ni llevaran refuerzos para salvar a su jefe...

Pocos son en la Historia los grandes generales y almirantes, habilísimos y previsores, que no hayan caído en algún error de fatales consecuencias; un mal cálculo, una simple maniobra mal ejecutada, una disposición, una orden tardía o prematura, han sido suficientes para cambiar a veces la faz de los gobiernos, las dominaciones o las dinastías de los pueblos; la variación atmosférica, un simple cambio de viento, ha traído en otras ocasiones la ruina y la derrota de una poderosa escuadra: la sola naturaleza se encarga muchas veces de proteger o destruir el poder de algunos de los bandos en lucha. Tal sucedió a Magallanes. Las mismas circunstancias de sus disposiciones, lo imprevisto de la naturaleza, una orden mal ejecutada, todo contribuyó a aquel fatal desenlace; y habrá que creer en aquello de que ya estaba dispuesto así por "los arcanos del Destino" o de convenir con el padre Colin que "la Providencia Divina dispuso que allí acabara sus días aquel gran capitán." (21)

La muerte de Magallanes tuvo que traer, naturalmente, el desconcierto de la expedición: faltaba el almirante de enérgico y sabio mando, faltaba el gran náutico que la había dirigido con tan admirable ciencia y acierto hasta allí...

El resto y fin de aquella grandiosa expedición tan hábil y científicamente concebida y realizada, podrá verse más adelante. (22).



(21) P. Colin, *Historia de las Filipinas*.

(22) Ver Ilustración III.



---

## ILUSTRACIÓN I

### RETRATO HISTÓRICO DE MAGALLANES.

---

Y estos dos anchos mares, que pretenden  
Pasando de sus términos, juntarse,  
Baten las rocas y sus olas tienden;  
Mas, esles impedido el allegarse;  
Por esta parte al fin la tierra hieden  
Y pueden por aquí comunicarse;  
Magallanes, señor, fué el primer hombre  
Que abriendo este camino, le dió nombre.

ERCILLA, "*La Araucana*," Canto I. (1)

Resumiendo aquí nuestros apuntes y los antecedentes que hemos tenido a la vista para este estudio, intentaremos un ligero esbozo de la fisonomía física de Magallanes y un débil boceto de su aspecto moral, por si nos resultare, entrambos, un sencillo retrato trazado en rasgos generales.

Por referencias de sus mismos compañeros o contemporáneos como por las distintas copias de retratos que hemos visto, parece que Magallanes era de talla regular, (\*) más bien mediana, pero musculoso y de recia contextura: ancho de espaldas, prominente el pecho, de tez tostada por los alisios, por los austros marinos y por el sol de otras tantas regiones que visitara. Cubríale buena parte del rostro larga y abundante barba, talvez para protegerse de las inclemencias del tiempo, pero que no era obstáculo para descubrir la recia conformación de la mandíbula, que un antropólogo atribuyera en seguida a la firmeza de su carácter y de sus decisiones si ésto no estuviere más bien manifestado en su serena y pertinaz mirada que revelaba la dirección de una voluntad obstinada

---

(1) Fragmento tomado de la obra magna, edición del Centenario, publicada por don José Toribio Medina, Imprenta Elzeviriana.

(\*) Pedro Mártir de Anglería, que conoció personalmente a Magallanes, dice que era de porte pequeño y de continente sin significación; pero parece haberle observado tras la prevención de sus lentes religiosos que, en aquel tiempo, tanto como desusados, eran demasiado opacos...

y decidida. Sobre las paredes de la cara de bien delineados pómulos, sobre una nariz carnuda, saliente y un tanto severa, culminaba ancha y espaciosa frente que hacían destacar más aun las grandes arcadas de unas bien pobladas cejas; y que denotaba, sin lugar a dudas, su clara y despejada inteligencia. De aspecto varonil, su continente asaz majestuoso e imponente, pero afable luego, inspiraba respeto y confianza al propio tiempo: tenía esa gravedad sin afectación, la dignidad sin orgullo, la afabilidad sin bajeza que distingue a los hombres de verdadero mérito. Circunspecto en el hablar, era también reservado, tránquilo y reflexivo;



El escudo de armas y firma de Magallanes.

pero más por dominio de sí mismo que por naturaleza, pues era dueño de una alma ardiente y apasionada, de un espíritu de fuego pronto a estallar, pero que él sabía muy bien avasallar y mantener siempre cubierto con el manto glacial de la prudencia.

Pero lo que más caracteriza a Magallanes es la firmeza de su carácter, la fé de sus convicciones y de su ciencia, la constancia para perseverar en sus resoluciones, su actividad infatigable; y de su energía para domar las mayores dificultades, puede decirse que cada desengaño, cada contra-tiempo, cada derrota, le daban nuevos bríos y mayores ánimos para per-

severar, que lo aproximaban más a la victoria. Y esto último, abriendo aquí un paréntesis, comprueba también la ductibilidad de su carácter y el temple de su alma y da un mentís a los calificativos de despótico, altanero, cruel y otros más duros con que lo han tildado sus impugnadores, algunos cronistas y aun uno de los biógrafos que más ha contribuído a su fama y a su gloria. (2) Un individuo altivo, por mal instinto, no insiste en convencer a otro de su error con nuevas razones y argumentos, como lo hiciera Magallanes para vencer la resistencia que los castellanos oponían a sus proyectos; una persona de natural altanero, y no por dignidad, no habría tolerado que se le confunda con el común de los ilusos y locos proyectistas, ni el menosprecio de los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla; un individuo de carácter despótico y por ende díscolo, obra impulsivamente como Faleiro, echándolo todo por el desvío de su intransigencia y mal humor. Magallanes fué efectivamente altivo, como lo es todo hombre digno ante la insolente altanería: intransigente, duro, severísimo con el rebelde que obra por mal instinto o por torpeza de su ignorancia; pero también era compasivo con el humilde, piadoso con el desgraciado. Ved, si no, su noble acción ante los náufragos de Padua: un oficial altanero trata de salvarse primero que todos; un oficial de carácter despótico, no hace el sacrificio de su comodidad, menos el de su vida, como en este caso, por salvar a sus semejantes; ni diría a sus compañeros: "Embarquen los hidalgos y capitanes, que yo me quedo con los marineros." El mismo historiador portugués Joao de Barros, que no hace un misterio de su ojeriza a Magallanes, le reconoce esta acción altamente generosa y que salvó la vida de aquellos desgraciados.

Sin nada de las preocupaciones de su siglo en que ciertos prejuicios teológicos tiranizaban los mejores cerebros; en que la redondez de la tierra, la existencia de los antípodas y la habitabilidad de las demás regiones del globo eran condenadas como teorías perniciosas y absolutamente opuestas a la tradición religiosa; sin nada de visionario ni de sobrenatural, guiado por la sana razón de su cerebro, por los conocimientos que adquiriera en sus numerosos viajes por las Indias verdaderas, por los estudios de la Geografía y ciencias náuticas a que se dedicara con ahineo y por el trato de cosmógrafos de verdadero mérito; combinando fríamente cálculos científicos llega a la convicción de que navegando hacia Occidente, dada la esfericidad del globo, podría alcanzar, sin lugar a dudas, a las regiones de Oriente; que por sus observaciones geográficas tenía la convicción de que la América como el África, como el Indostán y la Malaca, tenía que ser necesariamente de conformación piramidal cuyo vértice o punta debía morir al Sur; que allí debía estar con toda certi-

---

(2) Don Martín Fernández de Navarrete, el agudo cronista y erudito compilador de documentos, tan justiciero en sus juicios para con Magallanes, al hacer la biografía de Elcano, llevado talvez por su admiración a éste, desliza para aquel los calificativos de "dominador" y "altanero."

dumbre el paso, el canal o el estrecho que debía acortar enormemente el viaje a tierras de Occidente. Como corolario de sus anteriores deducciones científicas, pudo también observar en sus viajes que las especias más apreciadas en Europa no eran precisamente originarias de la India, sino de los archiélagos situados mucho más al oriente, de las islas Molucas, que en aquel entonces adquirieron fabulosa fama de riqueza. De sus mismos estudios y de los informes y cartas de su amigo Francisco Serrao, llega luego Magallanes a la conclusión de que las Molucas, por su gran distancia de las Indias, a más de 600 leguas de Malaca, quedaba fuera del hemisferio que según la bula de partición de Alejandro VI correspondía al Portugal.

Ahora bien; algunos historiadores y biógrafos han expresado que aquella grandiosa empresa como la de Colón, fué de origen exclusivamente mercantil. Y así, con una injusticia que sólo disculpa la espontaneidad de su lirismo y costumbre de hacer frases de efecto, Michelet, dice: "La empresa en su idea primitiva fué enteramente comercial. Una rebaja en el precio de la pimienta fué la inspiración primera del viaje más heroico que jamás se haya hecho en el planeta"... Si Magallanes no hubiera presentado su proyecto con la conciencia científica de demostrar que las Molucas, las islas de las Especerías, quedaban dentro de la jurisdicción de España ¿habría conseguido que alguien lo oyera en Castilla? Y luego, sin demostrar que ese viaje podía hacerse por el "Paso del Sur" que él iba a descubrir, y siguiendo por una ruta distinta que los portugueses y mucho más corta para alcanzar a esas islas ¿habría sido recibido siquiera por Carlos V? La **rebaja del precio de la pimienta** pudo haber sido tomada muy en cuenta, no hay duda, por el Consejo de las Indias, por el Consejo de la Corona de España, como medida económica, no por Magallanes que jamás demostró ser un traficante ni siquiera poseer espíritu mercantil.

Cansado de pelear en el África y en la India, vuelve a su patria a reponerse de fatigas y cicatrización de sus heridas, y más por honor que por el valor material que significa, pide un miserable aumento de pensión; pero rechazada una vez su solicitud por el monarca, a la segunda se le contesta con una negativa tan terminante e irrevocable, como imperiosa y humillante.

¿Qué cargos pueden hacerse, entonces, a ese hombre a quien su patria en premio de sus sacrificios y de exponer por ella la vida en los combates para aumentar sus dominios y riquezas, corresponde con la más negra ingratitud y el menosprecio de sus servicios? ¿Qué puede decirse de ese hombre que ofendido y humillado en su honor como soldado, y herido en lo más vivo del alma como hidalgo, no esperando ya nada de su rey ni de su patria, renuncia caballerosamente de ésta y va a prestar su inteligencia de marino, su capacidad militar, su brújula y su espada a otra nación más generosa?

No hay, pues, en la ojeriza de algunos historiadores portugueses hacia Magallanes nada de justo, humano ni generoso. A pesar del menosprecio que le hiciera su patria, Magallanes no pensó jamás en traicionarla ni perjudicarla en lo menor. Ofreció a Carlos V las Molucas, porque según sus cálculos científicos las creía honradamente dentro de los límites que la partición pontificia de 1494 había adjudicado a España; y más tarde la célebre conferencia de Badajoz (3) en abril y mayo de 1524 vino a dar a Magallanes plenamente la razón. Esos historiadores y cronistas y entre los que también figura un muy ilustre poeta (4) que no han perdonado a Magallanes el haberse puesto bajo el servicio de España, debieron descargar toda su indignación, todo su encono, contra aquel rey y su Consejo, que no sólo no supieron aprovechar sino que despreciaron los servicios de aquel gran navegante; y que después, para hacerlo volver o hacerlo desistir de su proyectada empresa, que creían sumamente perjudicial al Portugal, emplearon todos los recursos imaginables: persuaciones, halagos, promesas, honores, riquezas; (5) y por último, si su firmeza y terquedad no eran rendidas, llegó a arbitrarse le medio más eficaz, más seguro en aquellos dichosos tiempos: su eliminación por el puñal.

Cerrado este paréntesis, continuamos pintando la faz de nuestro laborioso retrato que habíamos abandonado por dar algunos ligeros toques al ropaje, y que se hace más difícil por la serie de tonos, relieves y contrastes de la movida y accidentada vida del modelo.

No hay realmente en la historia, vida más terrible, más singular ni siquiera nada comparable con la de Magallanes. Toda su existencia se resuelve en una constante agitación de lucha viva contra los hombres y contra los elementos. Viaja por países completamente desconocidos, en medio de toda clase de sufrimientos y penurias. Combate en el Asia, naufraga, pelea en el África, y en premio de sus heridas, sacrificios y heroísmo por su patria, es calumniado por sus compañeros y luego des-

(3) Esta conferencia fué presidida por el famoso marino Juan Sebastián Cabot, y en ella los pilotos españoles y portugueses después de largas deliberaciones y de contemplar el reparto de la bula del papa Alejandro VI y el tratado de Tordesillas, vino a fallar a favor de las pretensiones de España.

(4) El gran Camoens en sus *Lusiadas* no olvida a Magallanes, aunque sea para amenguar su gloria:

Men das Boreas do Estreito  
que mounstro o agravado Lusitano

Canto 2—Octava 55

Más he tambien razao que no Ponente  
d' hum Lusitano hum feito indavejais  
que de seu Rey mostrandose agravado.

Caminho ha de facer nunca cuidado

Ao longo desta costa que tereis  
ira buscando a parte mais remota  
o Magahaes, no fecto con verdade  
Portugues, porem nao lealtade.

Canto 10—Octava 138 y 140

(5) En la carta que con fecha 18 de julio de 1519, envía al rey de Portugal el agente confidencial Sebastián Álvarez, mandado especialmente ante la Corte de Castilla para obstaculizar aquella expedición y con instrucciones para reducir, sobornar, halagar o intimar a Magallanes, hay constancia de todo ésto. Aquella carta la publica Navarrete en su valiosa *Colección* y la reproduce don José Toribio Medina en sus importantes *Documentos Inéditos para la Historia de Chile*.—Tomo I., fs. 85.

preciado por su rey. Los castellanos lo reciben con recelo, los portugueses lo persiguen para matarlo. Para llevar a cabo su proyectada expedición, encuentra miles de obstáculos; y cuando vencidos todos por su tenacidad y constancia, va a realizar esa empresa, el sueño de su vida, tiene que hacer frente a las borrascas del mar, a la insubordinación de un jefe, a la rebelión de sus capitanes en seguida, y a quienes reduce a fuerza de astucia y de coraje. Ordena ejecuciones, asiste a naufragios y fuga de sus naves, sufre tormentas terribles, calmas aterradoras; presencia los atroces estragos que la peste hace entre los suyos; ve cernirse sobre sus naves el espectro del hambre; y por fin halla la muerte entre salvajes, ya al tocar con la mano el límite de sus supremas ambiciones...

Aquel hombre superior no encontró sino obstáculos y dificultades sin cuento en su camino; pero con una tenacidad y un vigor sin igual, supo vencerlos a todos. Su ánimo sereno y varonil no flaqueó jamás ante ningún peligro... Pudo ser abatido, pero jamás le sorprendieron las contingencias; cuando sobrevenían ya él estaba sobre aviso; y así le hallaron siempre de pie las sordas maquinaciones o el tumulto de los hombres como las traidoras calmas y las más terribles tormentas de los mares. Su admirable complexión física estuvo siempre al servicio de su voluntad inquebrantable: en las horas de zozobra él estaba siempre al frente de los suyos dando el ejemplo; pasaba días y noches enteras de vigilia y sin probar bocado hasta que cesaba el peligro. Frugal en la comida, ésta nunca fué otra para él que la misma de las tripulaciones; y si éstas, agotadas todas las provisiones, tuvieron que comer el cuero de las vergas de sus carabelas, Magallanes también hizo lo propio, y como aquellos, tuvo que roer remojadas por el orín de ratas las últimas miserables galletas que quedaban a bordo antes de llegar a las Marianas. Hombre de rígidos principios, que tenía el cumplimiento del deber por norma; que como militar y como marino, había sabido obedecer, tenía también que saber mandar y hacer observar la disciplina a sus tripulantes. Y, efectivamente, Magallanes como Pedro el Grande, para aprender a gobernar procedió primero a aprender a obedecer. Y de soldado raso peleando por su patria en el África y en el Asia y empleando justamente como aquel, 9 años, adquirió el conocimiento de los hombres y la ciencia de saber conducirlos y hacerse obedecer. Por eso, al pensar que ese hombre que necesariamente tuvo que ser estricto, duro y severísimo en algunas ocasiones; que siempre tuvo concepto cabal de sus grandes responsabilidades y de las magnas finalidades que perseguía, uno no puede menos que protestar y rechazar con indignación los calificativos de **avasallador, despótico, cruel y bárbaro** de sus impugnadores y de algunos que no siéndolo, como Michelet, se dejan llevar por la fraseología pintoresca. (6)

(6) Michelet, que con admiración alaba y engrandece hasta el lirismo a Magallanes, sin embargo, lo apoca y lo condena con epítetos como estos: "Vive entre los malayos tan bravos y tan "feroces." El mismo parece "haberlo sido."—"Vió la revolución de su escuadra y desplegó un heroísmo, terrible, indomable y "bárbaro."

Los que lo tratan con tan excesiva dureza por las severísimas medidas de represión y de castigo que como capitán general tomara en San Julián contra la rebelión de sus capitanes, ven en éstos una falta punible y talvez apenas castigable; no pesan las consecuencias funestas de la comisión de aquel delito. No ven la alternativa en que su repetición ponía a Magallanes; que para aquel hombre lleno de noble orgullo y altivez, el regreso sin cumplir sus compromisos y la fé empeñada al monarca español, la vergüenza de su impotencia, la confesión de su cobardía, habrían sido mil veces peores que la muerte. No quieren comprender la sublimidad del pensamiento, de la idea de aquel hombre que, el intentar quitarle los atributos de sus descubrimientos, era lo mismo que atentar asesinarle; que era lo mismo que arrebatarle de las manos los hijos, sino de su ser, de su cerebro, para exterminarlos. No quieren ver, en fin, en aquella rebelión, el delito atroz contra la civilización y para el cual no hay suficiente sanción o bastante castigo en los códigos humanos.

La desgracia, el sino, la providencia, o sencillamente su trágica muerte, impidió a Magallanes recoger los frutos de su proyecto, pero la posteridad ha tenido que reconocer su obra e inscribirla en los fastos de la Historia Geográfica como la hazaña náutica más grandiosa de los siglos. Después de aquel portentoso viaje alrededor del globo, viaje que eclipsa no sólo la historia, sino hasta la leyenda de todas las navegaciones anteriores, Magallanes logra demostrar experimentalmente la esfericidad de la Tierra, las verdaderas proporciones de ésta, la habitabilidad de las demás partes del planeta, la existencia de los antípodas y la completa seguridad de navegar el globo en todas direcciones. Aventadas por la ciencia, con aquellos descubrimientos, las espesas tinieblas con que la ignorancia y los prejuicios obscurecieron la Edad Media, entran desde entonces, la Geografía y la Cosmografía a llenar sus grandes fines con base indestructible.

Aquellos grandiosos descubrimientos no fueron tampoco obra de la casualidad: ello se debió a un plan perfectamente concebido y ejecutado con plena exactitud y ciencia náutica; científico fué el sistema para reconocer la costa de sur América, como lo fué para reconocer la costa patagónica, la situación y exploraciones del Estrecho que después ha llevado el nombre de aquel gran navegante. Y prueban también los conocimientos y la capacidad náutica de Magallanes, la seguridad de su derrota a las Molucas, gracias a la observancia de sus pilotos y timoneles en el cumplimiento de sus órdenes de tener muy en cuenta la desviación de la aguja magnética.

¿Qué hombre que no fuere aquel fenómeno de resistencia y de constancia física y moral habría resistido aquel cúmulo de obstáculos y peligros en tan laboriosa, larguísima y trágica expedición? Pero, es que en Magallanes, como dice un historiador, "se encontraban reunidas las prendas que distinguen a los hombres de verdadero genio, alta inteligencia para concebir, constancia para realizar su pensamiento y energía para

vencer las dificultades que encontraba en su camino." Efectivamente, nadie más que un genio pudo haber realizado aquel proyecto fantástico, en aquel entonces, y contra la conjuración del hombre y los elementos. Ante las persecuciones, tormentas, traiciones, hambres, pestes y mortandades, ante la muerte misma, la voluntad inexorable de aquel hombre siguió siempre adelante.

Y es que el genio es inmutable y no se detiene ante nada. Los héroes de la ciencia y de las letras como los héroes guerreros, instrumentos del genio, no se les puede abatir; por eso es que siguen viviendo aun después de muertos: su espíritu imperecedero vela siempre animado por el fuego sagrado del recuerdo de los siglos. Sócrates, el sublime filósofo, sin preocuparse de la muerte a que está condenado, en el mismo momento de beber la fatal cicuta sigue exhortando a sus discípulos sobre lo inmortal del alma, y como el mejor de sus argumentos les demuestra que él, aquel momento, es el más feliz de los mortales. A Galileo, la ignorancia le quita la libertad, mas no el tesoro de sus teorías que la ciencia recoge después con admiración y con respeto. La débil doncella de Orleans, guiada por el genio, no se arredra ante los más grandes sacrificios ni la muerte. En Dante y Cervantes, no es el ostracismo en uno, ni la cárcel en el otro, obstáculos para que iluminen al mundo con la clara luz de sus obras inmortales. Magallanes, sobre el puente de su pequeña nave, átomo en el infinito, su alma inmensa como el océano que surca, domina los peligros, se sobrepone al misterio de lo desconocido, lo vence y lo subyuga...

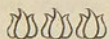
En sus terribles pesadillas de las calmas del Pacífico, sueña: tiene la desgarradora visión de ver entre los suyos la peste y hambre de Atenas, los campales cementerios infestos de los cruzados. Le parece sentir, con la sed, los desgarramientos atroces de la carne en los tormentos de la Inquisición; con el hambre, las torturas de Hugolino; pero también asiste a la resignada y serena muerte de los mártires cristianos y presencia la trágica prueba de entereza y resistencia a que se somete Ecévoia; y en seguida, allá a lo léjos, entre un nimbo de luz, ve la serena majestad del Nazareno que parece indicarle con el dedo y decirle: marino audaz, sigue tu ruta: allá ¡Adelante!... ..

No terminaremos sin dejar pasar una ligera pincelada hacia uno de los puntos que dan relieve a este cuadro; porque si es grande la obra realizada por el genio de Magallanes, es también admirable que ella haya sido efectuada en unos buquesillos vetustos, podridos y llenos de remiendos y en que el mayor y mejor de ellos, la capitana, era de porte de 130 toneladas. Ved, si no, como se expresa al respecto un testigo irrefutable, el enviado reservado del rey de Portugal, Sebastián Álvarez, al dar a éste su informe sobre la expedición de Magallanes (y que según instrucciones debía obstaculizar a toda costa) en carta fechada en Sevilla el 18 de julio de 1519 (7): "Los navíos de la armada de Magallanes son cinco.

(7) Esta carta, como hemos dicho antes, la publica Navarrete en el tomo IV a fs. 153 de su *Colección*.

Son muy viejos y remendados, porque los ví remendar en los astilleros; ha once meses que se aderezaron y están ahora calafateándose en el agua. Yo entré en ellos algunas veces y certifico a V. A. que navegaría en ellos de mal grado para las Canarias porque sus ligaduras son de madera"... Luego, con unos deseos que envidiaría el mismo reverendo obispo de Lamego, aquel autor del arbitrio para deshacerse de Magallanes, agrega: "Plegue a Dios Todopoderoso que tal viaje resulte como el de Corterreacas (8) y V. A. quede descansado y sea siempre así envidiado como lo es de todos los príncipes."

Es oportuno anotar aquí que a pesar del grado de adelanto y prosperidad que había alcanzado el Portugal en aquel tiempo, cuyas afortunadas conquistas lo ponían por encima de muchas de las naciones más poderosas de entonces, que su Corte y hombres más capacitados se dejaran influenciar por la tendencia de que todo descubrimiento, toda empresa que redundara en provecho ajeno al rey don Manuel, eran contrarios y altamente perjudiciales a los intereses de éste y del Portugal. Y esta preocupación extraña y eminentemente recelosa, es la que hace ver al Consejo de la Corona de Portugal un peligro en la empresa del gran navegante lusitano. Y a esa egoísta tendencia no han podido substraerse tampoco ni el eminente y sabio historiador portugués Joao de Barros ni el gran Camoens—ambos tan admiradores y justicieros del verdadero mérito—y muchos otros publicistas de menor valía de aquella época que, en su extraño egoísmo nacional, han mirado en Magallanes un tráfuga y un traidor. Por cierto que la posteridad y la alta cultura portuguesa ha condenado como el que más aquellas preocupaciones y extravíos hijos del egoísmo y de la ignorancia de aquel tiempo: ha hecho justicia completa a aquel que es uno de sus hijos más preclaros, y por eso hoy con justísimo orgullo, comparte con España la gloria y la celebridad de Magallanes.



(8) Con una impiedad y un extravío que ni su misma época disculpa, este diplomático adulator se refiere a los hermanos Cortereal, tan célebres cuanto desgraciados navegantes portugueses. Gaspar, hizo dos viajes al Nuevo Mundo. En el primero, en 1500, exploró las costas del Canadá. En el segundo, en 1501, se dirigió a las regiones árticas y desapareció con todos sus compañeros. El otro hermano, Miguel, fué en su busca al año siguiente y corrió la misma suerte.



## ILUSTRACIÓN II

### COLÓN Y MAGALLANES.

Magallanes tiene con Colón muchos puntos de semejanza y de contraste. El uno es genovés, el otro lusitano; pero ambos alientan el genio y la inteligencia de la gran raza latina. Ambos fueron contemporáneos. Con poco tiempo de anticipación Colón descubría las islas de un mundo desconocido, el honor de cuyo nombre le arrebató un mercenario de la ciencia náutica; (1) Magallanes comprobó que se trataba de un nuevo y vasto continente, y a diferencia de aquél, su obra fué concluída por uno de sus pilotos que, al terminar la vuelta al mundo y demostrar la redondez de éste, eternizó su gloria con la propia. Colón sufrió muchos contratiempos, penurias, infinitos sinsabores: la desconfianza, la rebelión de los suyos, la envidia de sus émulos, el abandono de sus protectores, el desconocimiento de sus méritos; y por premio de sus glorias, duros tratos, privaciones y miserias. Magallanes, con igual, si no con mayor entereza, sufrió toda clase de contratiempos y peligros: los más inauditos sacrificios, y despreció la muerte en cien borrascas; con el arrojo y la serenidad del hombre superior se impuso a la rebelión de sus capitanes y tripulaciones aterradas por el temor de lo desconocido, por el miedo del

---

(1) Américo Vespucio, aquel hábil y emprendedor florentino, que llegado a España en 1492, y que de comerciante, en Cádiz, cambió rumbos a cosmógrafo, y que parece descubrió mundos y muchas tierras desconocidas, dentro de su cerebro; que efectivamente hizo varios viajes al Nuevo Mundo en calidad de piloto o cosmógrafo con capitanes, ya españoles como Alonso de Ojeda, ya portugueses como Gonzalo Coelho y otros, pero que él tuvo buen cuidado de no nombrar en sus novelescas descripciones de esos viajes en que todo lo llena y ocupa el *descubridor* Vespucio:—es, decimos, quien arrebató al gran Colón la gloria de dar su nombre al Nuevo Mundo. Vespucio, en cartas que distribuyó entre amigos y bienhechores, como el cardenal Lorenzo de Médicis, a Renato II duque de Lorena y rey titular de Anjou y Jerusalén y a muchos otros, con una verba de avezado escritor que hay que reconocerle, pintó con tal colorido los hechos y los acontecimientos inventados o verdaderamente presenciados, pero en viajes posteriores, que hizo creer a sus admirados lectores que él, Vespucio, había sido el primer hombre que pisara tierra firme en el nuevo continente, en su viaje de 1497. Este viaje sólo existió en la fecunda imaginación del florentino, pero ello no fué óbice para que un profesor alemán, Martín Waltzemüller agraciado con una de esas cartas del *descubridor* de la “cuarta parte del mundo” y que residía en

hambre; sufrió las persecuciones del odio, las traiciones de la envidia y con aquél fué menospreciado y calumniado. Los mayores sacrificios, las privaciones ni los más terribles peligros pudieron doblegar su inexorable voluntad. El uno murió abandonado, víctima del desprecio y la envidia de civilizados; el otro murió a manos de salvajes, por hacer respetar noblemente su patria de adopción, por honrar la bandera de Castilla; sin más gloria que la de defender heroicamente su vida y la de los suyos, sin más galardón que las lágrimas de éstos. Tanto Colón como Magallanes, fueron desdeñados y tratados mal en sus respectivas patrias; ambos ponen su genio y sus proyectos bajo la égida de España, y ambos con sus grandiosos descubrimientos contribuyen a su grandeza y sus glorias; obteniendo el último para el reinado de Carlos V el famoso aforismo de que "el sol no se ponía en sus dominios."... La obra de Colón, grandiosa en su concepción y en sus efectos, sin embargo, comparada con la de Magallanes, resulta una travesía difícil, es cierto, por lo ignorada para aquel tiempo, pero enormemente más corta; siendo también la segunda, en cualquier tiempo y forma que se le estime, inmensamente más peligrosa; necesitándose, por tanto, mayor aliento y mayores energías y recursos para ejecutarla. Colón nos dió un nuevo mundo, pero después de varios viajes murió creyendo que las islas que había descubierto pertenecían al Continente Asiático, a Catay o Zipangu (la China o Japón); esto no amengua su gloria,—fué un error geográfico de la época,—pero aumenta la de Magallanes que sólo por 25 años de diferencia y adelantándose cientos de sus demás contemporáneos, concibe el atrevido plan para ir a las famosas Especerías. Sus teorías y estudios le dan la conciencia de que existe el Continente Americano, está convencido de la esfericidad de la tierra, y cruzando el "Paso del Sur" que él cree científicamente encontrar en el extremo Sur del continente, pasando al otro "mar oceánico" que va a descubrir, tiene la convicción cierta de llegar a las Molucas. Y, efectivamente, Magallanes no sólo completa la obra de Colón, sino que

---

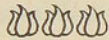
la corte del duque de Lorena, hiciera en 1507, en el texto de una obra que imprimía allí en Saint-Die bajo el título de *Cosmographie Introductio*, la siguiente proposición:

—“Verdaderamente que ahora que estas regiones han sido exploradas más intensamente, y ha sido descubierta por Américus Vespucius otra parte del mundo, como puede verse en las adjuntas cartas, no veo ningún motivo para que no se llamase a ésta con justicia Amerigen, es decir, tierra de Américus o América por su descubridor, “hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia han recibido ambas nombres de “mujeres.”

Así, pues, aceptada aquella proposición, desde 1509 principió a aparecer el nombre de “América” en globos y cartas geográficas. Sin embargo, la superchería del florentino, que no se descubrió entonces por falta de circulación de escritos y falta de comunicaciones, ha sido duramente condenada hasta por sus propios paisanos como Segni y Giucciardini. Las Casas, refiriéndose a la suplantación hecha por Vespucio, la llama “pretensión grosera,” “proceder sacrilego.” Herrera lo llama “estafador.” Los sabios como Humboldt, Muñoz e Irvin, comprueban la falsificación.

descubre un canal interoceánico, un nuevo inmenso "mar océano" y llega a descubrir las islas de un nuevo vasto hemisferio.

Colón fué hombre dotado de altas virtudes y de gran capacidad náutica. Reposado en sus proyectos, en sus cálculos y juicios, era diligente, activo y emprendedor, tesorero y resignado; cristiano ferviente, de continente majestuoso aunque no severo, con la idea y el concepto siempre en alto, tenía algo de espiritual, algo de místico. Magallanes, talvez con menos tacto y prudencia, pero con mayor osadía y serenidad, y quizá con igual, si no con más energía y con mayor firmeza, supo dar a conocer y mantener los fueros de sus convicciones y de su ciencia; y antes de volver a España sin la realización de sus proyectos, seguramente que con la misma entereza de Cortés habría ordenado quemar, o talvez él mismo habría prendido fuego a sus naves. Cristiano fervoroso como aquél, fué un tipo original, mezcla de soldado y de marino, con todas las audacias del aventurero, con la fé del cruzado y las arrogancias del paladín; poseía también la ciencia de saber gobernar a los demás y dominarse a sí mismo.





## ILUSTRACIÓN III

### CONTINUACIÓN Y TÉRMINO DE LA EXPEDICIÓN DE MAGALLANES.

Luctuoso suceso de la isla Cebú.—Muerte de Juan Serrano, Duarte Barbosa y 27 tripulantes.—La escuadrilla continúa el viaje, después de quemar la *Concepción*, y mandada por Juan López de Carvallo.—Llegada a la isla de Borneo.—Toman el mando Gonzálo Gómez de Espinoza y Juan Sebastián de Elcano.—Llegada a las Molucas.—La *Victoria* zarpa de Tidore, dejando allí a la *Trinidad*.—Doblan el Cabo de Buena Esperanza.—Recalada en Cabo Verde.—Regreso a San Lúcar de Barrameda.

Muerto Magallanes en la isla de Mactan, (1) como hemos visto antes, los expedicionarios, después de ligeras deliberaciones, nombraron como jefes a Juan Serrano y a Duarte de Barbosa (2) que, como capitanes de la “*Concepción*” y la “*Victoria*” habían demostrado gran preparación de marinos experimentados en secundar a Magallanes.

Los más pequeños incidentes suelen ser a veces causa de hechos notables o de sucesos luctuosos. Así, pues, no se conoce por qué causa, Serrano amonestó por alguna tropelía, no hay duda, a aquel malayo que traído por Magallanes a bordo para servir de intérprete y que llenó perfectamente su objeto como tal, demostrando con ello la sabia previsión de Magallanes y la seguridad que éste tenía de llegar a los mares y tierras de Asia. Lo cierto es que el calificativo de “perro” que recibió de Serrano ofendió tanto a aquel indio vengativo y rencoroso, que traicionando a sus compañeros dijo al rey de Cebú que los castellanos pretendían ahora despojarlo de sus bienes, matar a sus súbditos y otras invenciones de ese jaez, por lo cual se pusieron de acuerdo y prepararon una celada en toda forma. El rey de Cebú mandó a invitar con el malayo a Serrano y Barbosa y la mayor parte de su gente para una gran fiesta que en su honor iba a celebrarse en tierra. Así, sin la menor sospecha, el 1.º de mayo bajaban confiadamente a tierra los europeos, donde inmediatamente rodeados fueron exterminados por aquellos salvajes. Por la traición del malayo murieron allí los capitanes Juan Serrano, español; Duarte Barbosa, portugués y cuñado de Magallanes; Luis Alfonso de Gois, portugués, que desde la muerte de Magallanes capitaneaba la

(1) Transilvano lo llama *Mauthan*, Alvo, en su diario *Matan*. Espasa en su Enciclopedia, al tratar de Elcano, comete el error de decir que Magallanes murió en Cebú.

(2) *Gomara*, Historia de las Indias, cap. XCII, fol. 123.

“Victoria,” el piloto cosmógrafo Andrés de San Martín, el clérigo Pedro de Valderrama, los escribanos Sancho de Heredia y León de Espoleta y veinte personas más. Habiendo tomado después de este luctuoso suceso, el mando de la escuadrilla, el piloto de la “Concepción,” Juan López de Carvalho, siguió viaje alcanzando a la isla de Bohol, donde quemaron a la “Concepción,” porque además de vieja, no había gente para tripularla. (3) Toda la dotación de las naves se componía ahora de 115 personas. De Bohol, siguieron los viajeros a Quipet, y luego hicieron rumbo a las islas Quayugan y Poluan, según Alvo, y en cuya última isla se proveyeron de arroz, puercos, gallinas, etc. Siguieron luego a Borneo donde se encontraban el 8 de julio, y donde visitaron al rey y fueron recibidos amigablemente; pero, sospechando una celada se hicieron a la vela inmediatamente, y tan de improviso que el comandante Carvalho tuvo que abandonar en tierra a su propio hijo y a dos españoles que indudablemente fueron víctimas de los indios, pues que las naves expedicionarias a poco de hacerse a la mar, fueron atacadas por juncos y piraguas de los isleños. A la salida de aquella isla, los pilotos quitaron el mando a Carvalho y se confió la dirección a Gonzalo Gómez de Espinoza y el cargo de la nao “Victoria” a Juan Sebastián de Elcano; reconociéndose también que los asuntos de la armada debían ser tratados conjuntamente por Espinoza y Elcano con el maestre Juan Bautista de Pontevedra. Parece que desde allí fué Elcano (4) quien señaló la derrota para las Molucas, siendo desde entonces el primer jefe de la flotilla por ser el más preparado y de mayores conocimientos náuticos. Tratando de llegar cuanto antes a las Molucas, costearon al Sur de Quipet hasta ciertos islotes, alcanzando después a la isla de Saragani y tras varios incidentes y negociaciones con los indígenas, un moro que estos tenían prisionero se ofreció para servirles de guía hasta las Molucas. Efectivamente, siguiendo las indicaciones del moro, pasaron por las islas de Siam, Pagijsana, Suar y Mean y el **6 de noviembre de 1521** divisaban los expedicionarios, a unas cuantas leguas al Este, cuatro islas grandes que el piloto dijo eran las del **Moluco**. “En señal de regocijo, dice Pigafetta, hicimos una descarga de toda nuestra artillería. Nadie se sorprenderá de la alegría que experimentamos a la vista de esas islas cuando se considere que hacía 36 meses menos dos días que recorríamos los mares y que había-

(3) Alvo, en su diario, dice: “allí hicimos de tres naos dos y la otra la quemamos por no haber gente.

(4) Elcano, Juan Sebastián de—nació en Guetería, Guipúscoa, parece que el año 1476 y murió en la Malacia, en la expedición Loaiza, el 4 de agosto de 1526. Adoptamos el apellido de “Elcano,” porque con varios autores, creemos que es así en realidad y porque la genealogía vascuence del mismo, así lo manifiesta, pues que aun existe el apellido Elcano en las provincias vascongadas. Y no es extraño que allí exista ese apellido, cuando aquí en Chile, en Viña del Mar, existe el de Magallanes y con su verdadera genealogía, en la familia Magalhaes.

mos visitado una infinidad de islas buscando siempre las Molucas." El día 8 de noviembre, la escuadrilla fondeó en un puerto de la isla de Tidore, una de las Molucas. (5)

Habiendo entrado en tratos con el rey de Tidore, se estableció un valioso intercambio de mercaderías. Los isleños proporcionaban a los castellanos clavos de olor, pimienta, nueces moscadas y otras especias, y los últimos los surtían de telas, sederías de baja calidad, paños y baratijas. Allí supieron por un portugués, llamado Pedro Alfonso de Lorosa, a quien Almansor, rey de Tidore, hizo venir desde la isla de Terranate para servir de intérprete—al tratar con los españoles—que en Malaca se hablaba de la armada de Magallanes; que el rey de Portugal había mandado buques al Cabo de Buena Esperanza y al de Santa María para impedirle el paso de la India; pero que habiendo llegado a sus oídos que Magallanes había pasado por otro mar en busca de las islas de las Especerías, había ordenado a su almirante de las indias, Diego López de Sequeira que enviara 6 buques de guerra, de guardia, al Moluco. Allí también tuvieron noticias de Francisco Serrao, aquel fiel amigo y compañero de Magallanes a quien había animado tanto y contribuido con sus informes para su gloriosa expedición. Aquel hábil marino portugués por una de esas raras coincidencias del "destino"—y que nosotros llamaremos espirituales, pues que su conocimiento, suspendiendo el espíritu unos instantes, hace que el alma vague por regiones más serenas—había muerto ocho meses atrás, esto es, el mismo mes de abril. ¡Quién sabe si el mismo día que su fiel y caro amigo Magallanes!...

Aquel simpático y desgraciado marino portugués, bien merece aquí un recuerdo. Como se sabe, Serrao mandaba una nave de la **expedición de Antonio de Abreu**, despachada desde Malaca, por Alburquerque en 1510, para reconocer las islas de Banda y las Molucas, expedición en que, según Argensola, Magallanes tomó parte y regresó con un rico cargamento de especería. Mientras tanto Serrao, a merced de una tormenta había naufragado en las islas llamadas Lucopinas, salvándose con su gente; y como ofreciera y prestara ayuda a los isleños en guerra con sus vecinos, alcanzó a llegar a Terranate, la mayor de las Molucas. Allí en defensa del rey había llegado a ser generalísimo de sus tropas, y habiendo emprendido una campaña contra el rey de Tidore obtuvo la victoria. Aunque reconciliados, su enemigo no olvidó nunca la derrota; y habiendo pasado a su isla muchos años después, fué allí traidoramente envenenado.

**El 21 de diciembre de 1521** (6) zarpaba Elcano de Tidore, con la "Victoria" y 60 hombres de tripulación, dejando allí a la "Trinidad" para carenarse y repararse por su mal estado. Esta última debía ir a

(5) Alvo, en su diario, dice "Las islas de las Molucas son: Terranete, Tidore, Mare, Motil, Maquian, Bachian y Gigolo. La primera está en el grado 1.º, Tidore, 3.º grado y Mare a los 15º".

(6) Francisco Alvo, Diario de viaje.

dejar su cargamento a Panamá para ser transportado desde allí a España. (7) Después de recorrer las costas de las islas de Malua, Timor y Bombay, en algunas de las cuales se proveyeron de maderas de sándalo, canela y pimienta, Elcano hizo rumbo hacia Sumatra, dejando a mano derecha Bengala, Calcuta, el golfo de Ormuz y las costas de la India, siguiendo la ruta portuguesa. Habiendo tenido que soportar terribles tempestades y a causa de los padecimientos y privaciones por la escasez de víveres, perecieron 15 de los 60 tripulantes de la nave. **El 22 de mayo de 1522**, doblaba el Cabo Buena Esperanza, entrando ya a mares más conocidos. El 9 de julio, avistaban las islas de Cabo Verde y las que abordaron luego, yendo a fondear a la de Santiago. Aquí cedemos la pluma a Pigafetta: "Como sabíamos que nos hallábamos en tierra enemiga y que no se dejaría de concebir sospechas contra nosotros, tuvimos la precaución de mandar decir, por medio de los que tripulaban la lancha que enviamos a tierra, para hacer provisión de víveres, que nuestra arribada a aquel puerto era forzosa a causa de habérsenos roto nuestro mástil de trinquete al pasar la línea equinoccial, y que no teníamos bastante gente para componerlo; añadimos que el capitán general había continuado su rumbo hacia España con dos naos más. En fin, les hablamos de modo que creyeran que veníamos de la costa de América y no del Cabo de Buena Esperanza. Ellos lo creyeron así y nos enviaron dos veces la lancha llena de arroz en cambio de nuestras mercaderías.

"Habiendo mandado a tierra por tercera vez la chalupa con 13 hombres, notamos que la detenían." Los habían descubierto por un marinero que reveló el secreto.

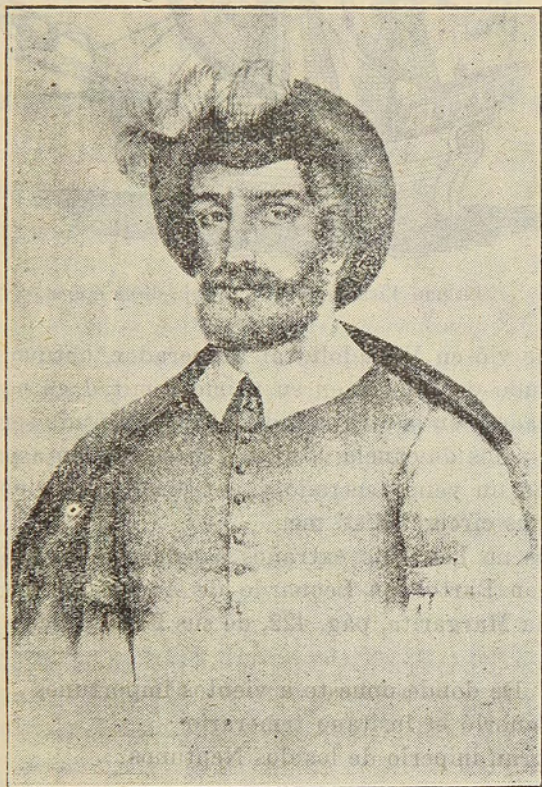
En vista del peligro que había de que los portugueses apresaran a la nave, se vieron obligados a hacerse a la mar inmediatamente, abandonando a 12 de sus compañeros en tierra. Favorecidos por los vientos, avistaron por fin la costa de España el 4 de diciembre y dos días después arribaron a su puerto de procedencia, San Lúcar de Barrameda, y el 8, la "Victoria" fondeaba junto al muelle de Sevilla haciéndose anunciar con una salva general de artillería.

Aquella hazaña homérica se había realizado en tres años, menos 14 días. De las 5 naves salidas de San Lúcar, sólo regresaba una en deplorable estado; y de los 265 hombres que tripulaban aquella escuadrilla volvían sólo 18, pues de los 60 con que la "Victoria" zarpó de Tidore, 12 habían quedado prisioneros en Cabo Verde; los demás, según Pigafetta, habían sido condenados a muerte por diversos crímenes y otros habían muerto por hambre o por las penalidades del viaje.

La tripulación de la "Trinidad" que había quedado en Tidore, habiéndose hecho a la mar, reparada la nave, hizo esfuerzos desesperados por cruzar el océano y alcanzar Panamá o Méjico, pero impedidos por las tempestades se vieron obligados a abandonar su buque y pedir auxilio

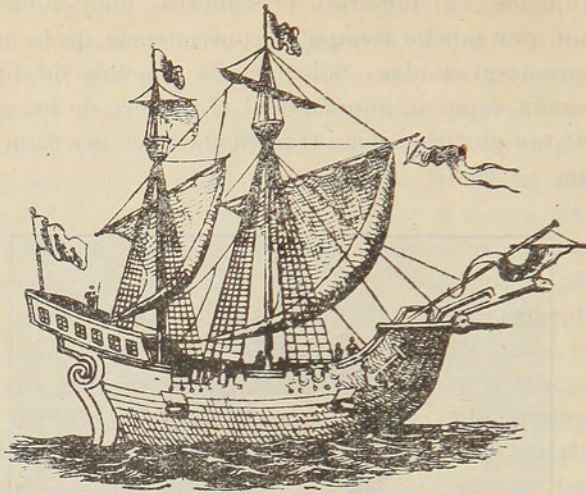
(7) Transilvano XX.—Pigafetta, *Primo viaggio*, lib. III.

en las posesiones que los portugueses tenían en las Molucas. Estos en vez de auxiliarlos los tomaron prisioneros, manteniéndolos en esta dura condición por mucho tiempo, a consecuencia de lo cual perecieron casi todos esos desgraciados. Sólo tres de aquellos infelices alcanzaron a llegar a España, aumentando así a 21 el número de los expedicionarios que de aquella tan gloriosa como trágica empresa, lograron volver a pisar el suelo patrio.



Juan Sebastián de Elcano.

Al referirse al término de aquella expedición, López de Gomara, dice: ¿Qué son los trabajos y peligros de Ulises, en comparación a los que tuvieron que sufrir Magallanes, Sebastián de Elcano y sus compañeros? El "**Argos**" de Jason, con tanta frecuencia citado por los historiadores y poetas, es de escaso mérito al lado del "**Victoria**". Las travesías realizadas por los barcos del rey Salomón fueron grandes; pero la llevada a efecto por el emperador Carlos V fué infinitamente más grandiosa e importante. Este buque debía haberse conservado como recuerdo eterno de tales triunfos en el Arsenal de Sevilla; pues fué el primero que, a semejanza del sol, había circundado por completo el planeta."



La nao *Victoria*, según dibujo de la época.

Elcano que vió en Valladolid al Emperador, obtuvo como principal premio un escudo de armas; en su primera mitad en campo rojo tenía un castillo dorado y en la otra mitad en campo dorado sembrado de especerías con dos palos de canela, 3 nueces moscadas en aspa y 2 clavos de especia; encima un yelmo cerrado y por cimera un globo con esta inscripción: **Primus circumdedisti me.**

Los poetas no han sido extraños a celebrar las glorias de aquella expedición. Don Bartolomé Leonardo de Argensola, en su Elegía a la muerte de doña Margarita, pág. 422, de sus **Rimas**, dice:

De donde opuesto a vientos importunos  
descubrió el lusitano temerario  
el gran imperio de los dos Neptunos.

Mosqueira, en su **Numancia**, canto II:

Entraba en el breado y hueco pino  
tomando el dulce y suspirado Puerto  
Juan Sebastián de Elcano Vizcayno,  
Piloto de este mundo, el más experto;  
después de haber andado en su camino  
cuanto del sol se halla descubierto  
en una nave dicha la "Victoria"  
hazaña digna de inmortal memoria

